

Vidas Paralelas

¿Pueden influir los
orígenes en la manera de
encarar la
homosexualidad?

Vidas Paralelas

¿Pueden influir los
orígenes en la manera de
encarar la
homosexualidad?

Charli Farinha Toni

www.elbolsotricolor.com

Portada: Aitzane Amaro

ISBN: 9781981048632

Sello: Independently published

Registro Territorial de la Propiedad Intelectual
Comunidad de Madrid, Madrid.

Todos los derechos reservados.

La piratería será perseguida de acuerdo a la legislación vigente. Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio, incluido el tratamiento informático, transformación, plagio, distribución, fotocopia o comunicación de cualquier forma, ya sea por métodos electrónicos, mecánico o por registro, sin el permiso previo y por escrito de Charli Farinha Toni.

A la Comunidad LGTBIQ+

para que algunas de las historias que narro en esta obra de ficción no se den en ningún caso y otras que se hagan tan habituales como el aire que respiramos.

Prólogo

1 - Ignacio era un chico solitario y tímido que nació en el seno de una de las mejores familias del MERCOSUR. Los deseos frustrados y la inseguridad fueron gran parte de su vida, y eso condicionó toda su existencia.

2 - Alan es un chico marginado que, por casualidad, apareció en el barrio Borro donde, todo lo que tenía en la vida, era lo puesto. Ahí conoció a doña Clotilde y, gracias a ella, pasó a tener nombre y fecha de cumpleaños.

De a poco fue aceptando su realidad y no temió entregarse al cien por ciento a las personas y arriesgar todo con tal de conseguir lo que deseó.

3 - Andrés, de toda la vida, supo su orientación de homosexual y su familia lo aceptó. Él quiso vivir su sexualidad libre y plenamente, pero se dio cuenta de que en su tierra natal es imposible.

4 - Agustín, hasta que tuvo siete años, era un niño más del montón. Luego, la soledad y la falta de comunicación fueron gran parte de su vida.

5 - Rafael es un chico que todo lo que ha logrado, fue por esfuerzo propio. Desde pequeño tuvo una intensa vida sexual y la homosexualidad nunca fue un problema.

**Esta es una obra de ficción íntegramente producto de
mí imaginación.**

**Los lugares, nombres, hechos, marcas e historias son el
resultado de mi inventiva y existen en mi mente y en
este libro.**

Todo parecido con la realidad es pura coincidencia.

1 – Ignacio

Ignacio era un chico que desde siempre negó su homosexualidad. Fue así que luchó, constantemente, entre sus deseos y lo que la sociedad pretendía de él.

Él nació en Punta del Este, Maldonado, en el seno de una familia millonaria, en el año mil novecientos ochenta en una mansión cerca de José Ignacio.

Sus padres, inmigrantes alemanes e ingleses, se habían instalado en el Uruguay en el año mil novecientos cincuenta, y han hecho auténtica fortuna en el país.

Actualmente los apellidos Schultz-Parker son nombrados y renombrados como los más pudientes del país y de la región del MERCOSUR.

Cuando estaban amasando dicha fortuna, Nacho no estaba ni en proyectos, es más, sus padres ya tenían dos hijas y él nació como dicen, de *penalti*, a última hora.

Al ser el más pequeño de la familia y el único varón de esa generación, ha recibido todos los caprichos habidos y por haber, y muchos más que cualquier niño.

Sus padres y hermanas, más que cuidarlo, le consentían y sobreprotegían, y los excesos causaron dependencia e inseguridad en el joven en cada aspecto de su vida.

Más de una vez sus hermanas lo encontraron llorando en algún rincón de la mansión totalmente vulnerable ante la soledad que lo aquejaba.

Cuando éste hecho se reiteró más de una vez, sus hermanas decidieron que jugase con ellas, a sus mismos juegos, claro.

Ellas jugaban a las muñecas: les cambiaban los pañales, las maquillaban, les cortaban algún pelo, las peinaban y toda esa actuación donde ellas parecían ser las mamás. Cuando Ignacio se sumó a ellas, se sintió mejor consigo mismo. Al ser los tres hermanos no hubo ningún grito de alarma que alterase a la familia.

De todas maneras, sus hermanas estaban a punto de convertirse en señoritas y los cambios hormonales ya se hacían visibles en sus cuerpos.

A pesar de eso, sus padres no dejaban de comprarle los típicos juguetes de niño: la pelota, las armas de fuego, espadas, soldaditos... pero Ignacio nunca les dio valor.

Estaba claro que eso no le apetecía y nadie quiso verlo en la mansión, hasta que hechos más evidentes fueron necesarios para que la familia abriese los ojos.

Ignacio no era afeminado. Sólo le gustaba estar con sus hermanas, jugar con ellas a sus mismos juegos y todo el mundo femenino.

Muchas veces se había puesto sus zapatos e intentaba caminar. Alguna vez lo sorprendieron y se lo tomaron a broma. Ellas no sabían qué significaba realmente.

Las hermanas, ante la inocencia e ignorancia, luego de la segunda vez que lo descubrieron usando sus zapatos, lo vistieron de mujer.

Nacho, cuando lo estaban travistiendo por primera vez en su vida, nunca se resistió, sino que sólo se limitó a mirarse en el espejo.

En sus ojos azules podía ver un futuro que le fascinaba tanto como le aterraba, aunque sabía que en algún momento iba a venir.

Cuando llegó el día de empezar el jardín, para el niño fue un golpe de aire frío. Varias cosas se le juntaron y, sobre todo, lo separaron casi totalmente de sus hermanas.

De la noche a la mañana pasó de estar todos los días con ellas, a verlas sólo los sábados y domingos, y él no estaba preparado para ese cambio.

Empezó la educación inicial en el colegio¹ de los Padres Emprendedores que estaba situado en La Foret y Pascual Gattás, y allí había sólo niños.

Ese lugar tenía sus pros y sus contras. Al principio Nacho no se adiestraba a estar ahí, por lo que pasaba casi todo el día llorando. Nadie entendía la pena que lo envolvía.

Había cosas que no le cuadraban. Sus padres fueron inflexibles ante la angustiosa vida de su único hijo varón que día a día se sentía más desamparado.

Los dos determinaron que era la hora de estudiar y formarse para lo que sería en el futuro: un gran hombre de negocios que maneje el imperio que heredaría.

La educación preescolar la empezó a los cuatro años y, el primer año fue, básicamente, de llanto y nadie le dio importancia a sus lamentos.

Cuando comenzó el primer año de la primaria, en el mismo colegio, las cosas estuvieron mejor, o eso le pareció a Nacho.

Para esa altura ya se había acostumbrado a ese lugar, a sus compañeritos, y era un mundo en el que, aunque no con todo, ni con todos, se sentía bien.

Nacho ya se daba cuenta de cuando algo no era correcto y del colegio había cosas que no le cerraban. Una de ellas era que cuando iba al baño nunca lo hacía solo.

¹ Todos los colegios del Uruguay son privados y las escuelas son públicas.

El padre Antonio observaba a los niños con fascinación. Él les daba clases de piano e inglés, y dejaba lo que fuese de lo que estuviese haciendo y acompañaba a los chicos. El cura siempre le decía a cada estudiante que no debían mirarse ni tocarse el pene nunca, jamás, bajo ninguna circunstancia. Que eso era un acto impuro y pecado.

Para evitar que los chicos pecasen o hiciesen un acto impuro, él se *sacrificaba* y era quien se ocupaba de bajarles la cremallera y manipular el órgano genital.

Antonio también les tenía dicho que ese sacrificio era un secreto compartían solamente con Diostodopoderoso y con nadie más, ni siquiera con los padres.

Ignacio, entre dudas y confusiones, entre la soledad y el vacío que lo atosigaba, no se cuestionó nada más por ello hasta que fue una persona adulta.

Él creía en los curas y en todo lo que le decían las personas mayores, y nunca imaginó una doble intención en esas situaciones que se repetía con cada estudiante.

Además, dentro de lo que cabía, el niño se sentía cómodo y protegido. Era un gran logro que alguien se *sacrificase* por él.

Los fines de semana eran muy esperados por Nacho, pero ahora sus hermanas estaban grandes y no jugaban a casi nada con él, ni entre ellas mismas.

Él no podía entender ni comprender por qué cambiaba tanto la gente y, mucho menos, sus hermanas que siempre habían jugado.

Ante el aburrimiento al que se sometía en la mansión, pasaba horas recostado en su cama, mirando hacia la pared, sumido en sus pensamientos.

Sus padres atribuyeron esa actitud al cansancio acumulado durante la semana. Ahora tenía siete años y medio y pasaba horas en una quietud casi absoluta.

Allí pensaba y recordaba las veces que iba al baño del colegio siempre acompañado por el padre Antonio y le gustaba como el cura le tocaba por la zona genital.

A la familia le gustaba reunirse en uno de los salones con la chimenea encendida, mientras las cortinas de los ventanales estaban abiertas y miraban el exterior.

Sus padres bebían una copa, mientras que sus hijas miraban alguna novela e Ignacio deambulaba como si estuviese perdido en su propia casa.

—¿Qué te pasa, Nacho?, —quiso saber su madre.

—¿Por qué los hombres tienen barba y las mujeres no?, —preguntó el niño.

Sus padres, que no se esperaban una pregunta así, sólo se limitaron a mirarse entre sí. Como el crío no se daba por vencido ante la cuestión, el padre dijo:

—Los hombres tenemos barba porque Dios nos hizo así. Y para diferenciar a los hombres de las mujeres, ellas no la tienen.

El chiquillo, al oír la respuesta, dirigió la atención a las llamas, las cuales hacían figuras irregulares y sus padres intercalaron la vista entre ellos y el pequeño.

Reflexionando permaneció varios minutos, donde parecía que se hubiese detenido hasta el tiempo. De pronto, los miró.

—¡Yo no quiero tener barba porque a mí no me gusta la barba! Yo quiero tener la cara limpia.

El padre suspiró y sonrió.

—Tú puedes tener barba y mantener la cara limpia. Es por eso que yo me afeito. Todos los hombres tenemos que afeitarnos.

—¿Por qué? Yo no quiero. No me gusta, —dijo.

—No se trata de que te guste o no... A todos los hombres nos crece la barba y tenemos que afeitarnos. Es parte de la vida.

Así como los hombres nos afeitamos la cara, las mujeres se depilan las piernas, los brazos... ¿Me entiendes lo que te quiero decir?

—Voy a mi cuarto, —anunció el niño luego de varios minutos de silencio.

Una vez ahí se puso a mirar en el espejo como si nunca lo hubiese hecho antes. Allí se alejó y se acercó, y se exploró el rostro con meticulosidad.

Había cosas que no le convencían por lo que se recostó en la cama. Una vez más, parecía haberse detenido el tiempo y quedaba en una actitud completa de quietud.

Alguien ingresó en su habitación y no se dio cuenta. Lo sorprendió una mano que le tocaba con cuidado el pelo. Él miró y su madre le sonrió.

—¿Qué pasa mi cielo? ¿Qué quieres saber? Hace días que te noto raro y me gustaría saber qué te pasa.

Nacho no contestó, sino que sólo se decidió a corresponderle la mirada.

—Nacho, ¿qué te pasa? ¿Por qué no quieres jugar más con tus juguetes?

Él bajó la vista.

—Mami, yo no quiero tener barba. No me gusta. La madre enarcó las cejas.

—¿Y por qué mi cielo?

—Porque tengo miedo. Porque eso duele.

La madre suspiró.

—No digas eso, Nacho. ¡Cómo que va a doler la barba!

El niño negó con la cabeza.

—Todos los hombres la tienen y es parte de la naturaleza que la tengan...

—No, yo no quiero tener barba.

—¿Por qué mi cielo?

—Porque...

—Cielo, aun eres pequeño para pensar en eso.

—El tiempo pasa rápido.

—Falta mucho para eso.

—No, yo no quiero.

—Tranquilo, cielo. No pasa nada porque cuando seas hombre tengas barba.

Esa noche no durmió casi. Pasó la mayor parte del tiempo tocándose el rostro e imaginándose cómo sería con barba, y no lograba una visión clara de su futuro.

2 – Alan

Alan es un chico que tomó real conciencia de su existencia una tarde helada de julio, en el año mil novecientos ochenta y seis, cuando tenía seis años.

Él no recordaba a su madre, a su padre, ni a nadie de su familia. No sabía nada de su vida personal y eso le alteraba cada vez que era consciente de esa carencia.

Una vecina, doña Clotilde, a veces le daba comida y le dijo que su nombre es Alan Calero Grande y que nació el dieciocho de abril del ochenta, en el *Sant Bois*.

Alan no sabía por qué tuvo que pasar una vida tan dura y no entendía por qué Dios se olvidó de él. Por más que era crío, ya se daba cuenta de las injusticias del mundo. Nunca creyó en la iglesia, en Dios, en los ángeles, príncipes, ni en nadie, más que en sí mismo y en doña Clotilde, quien más de una vez compartió su comida. También, gracias a ella, estudió en la escuela número trescientos veintiséis y así adquirir el desayuno y comida de lunes a viernes, donde eso veía como un gran lujo. Él no entendía por qué no tenía una casa como todos. A veces, cuando hacía mucho frío, iba al cementerio del Norte ya que estaba al lado de la casa de doña Clotilde. Y ella, aunque era una mujer muy buena, no tenía espacio para todos y su marido le decía a Alan que no lo quería ver por ahí cerca ni en figuritas. El gran entretenimiento de Alan era acompañar a desconocidos en su último paseo con destino definitivo en el cementerio del Norte. Fue así que vivió siempre, entre la tristeza, el llanto y el dolor ajeno, por lo que el suyo se veía mayormente menguado. Clotilde se apiadó del niño y siempre le alcanzó algún abrigo o algo para comer, procurando que su marido no se enterase, ni sus hijos, ni nadie. Era mejor que nadie supiera que ella ayudaba a ese niño tan inofensivo que había aparecido en el barrio Borro de la noche a la mañana. Alan ingresó en el INAME² a los siete años de edad, porque esa mujer lo inscribió. Nunca supo cómo lo hizo, pero al final al chico lo aceptaron.

² Instituto Nacional del Menor.

Actualmente llamado INAU, Instituto del niño y adolescente del Uruguay.

De tener nada, tuvo techo, tres comidas diarias, siguió estudiando y, en el poco tiempo que le quedaba, trabajaba una huerta de la cual obtenían los vegetales.

Alan no era el único que estaba en esa situación y ahora no veía casi a doña Clotilde, y eso le dolía. No obstante, sabía que era parte del precio que debía pagar.

A pesar de todo se daba cuenta de que valía la pena el sacrificio con tal de obtener todos los lujos de los que ahora disponía.

Una mañana de septiembre, donde la primavera ya se había impuesto, Alan interceptó al chofer de la furgoneta que los llevaba a la escuela.

Era el año mil novecientos ochenta y nueve y el hombre quedó completamente sorprendido por las palabras del pequeño de mirada aguda.

—Escuche, ¿puedo hablar con usted?

El hombre asintió.

—Echo mucho de menos a doña Clotilde y quiero verla. ¿Usted me puede ayudar a encontrarme con ella?

—No sé quién es esa mujer. No te puedo ayudar.

—Sí que la conoce. Es la mujer que me llevó a la escuela y usted nos vio...

El hombre, al escucharle, se abstraigo de la realidad. El niño no le apartaba la vista de encima en ningún instante. Cuando el hombre lo volvió a mirar, carraspeó.

—¿Por qué quieres hablar con ella?

—¿Usted tiene mamá?

El hombre, que no esperaba oír algo así, lo miró.

—Porque ella es lo más parecido a una mamá que yo tengo.

El tipo, una vez más, bajó los ojos mientras contenía la respiración. El niño le estaba dando una lección. Había cosas que lo estaban superando.

—Veré qué es lo que puedo hacer...

—Haga lo que haga, pero que el resultado sea que la pueda ver.

—¿Por qué?

—Porque ella es importante... y es como mi mamá.

El niño le dio una última mirada y siguió su camino. Esa noche Alan no pudo dormir. Pasó dando vueltas en la cama la mayor parte del tiempo.

Había muchas cosas que se estaba preguntando y no tenía ninguna explicación para todo lo que se venía interrogando.

Tenía nueve años y había tenido más vivencias que una persona nonagenaria, ya que en la calle se había criado y había estado ahí hasta los siete años de edad.

Cuando al fin pudo verla, la abrazó tan fuerte que se sorprendió. Ella estaba vieja, fue como que, ahora que no la veía casi, la hallaba más cansada que antes.

—Doña... Yo necesito saber quiénes son mis padres y si tengo familia.

Ella lo miró con pena y luego dirigió la vista al suelo.

—Doña... Usted es la única que me puede ayudar en esto. Usted es la única persona que tengo en la vida y... Y me quiere de verdad.

La mujer lo observó e hizo una mueca que Alan no supo interpretar.

—Nene, no sé cómo te puedo ayudar. No sé nada de tu familia ni nada de...

—Pero doña, usted me conoce desde pequeñito, de toda la vida... ¿Cómo llegué al Borro?

—Alan, no sé, ya sabes cómo es el Borro, ¿no? Yo, cuando te vi por primera vez, pensé que eras el hijo de alguien que se había mudado...

Después, hablando con la gente, me decían que nadie te conocía. Tú apareciste creo que en el ochenta y cuatro, ochenta y cinco... No sé qué decirte...

Alan la miró.

—Pero doña, ¿por qué usted me dijo que mi nombre es Alan Calero Grande?

Ella negó con la cabeza.

—No, nene. Lo que yo quise fue que tuvieses un nombre. Nada más. Me gustaba ése nombre y te dije eso. Tampoco tu fecha de nacimiento es real.

Créeme, no sé nada de ti. Yo sólo quise que fueras alguien, que tuvieses un nombre, una fecha de cumpleaños para celebrar y un documento de identidad.

Y cuando te llevé al asilo les dije la verdad. Ahí no me hicieron ningún problema, por suerte. A partir de ese día te pasaste a llamar oficialmente así.

El niño se sintió más desamparado todavía y la anciana lo miraba entristecida.

—Lo siento, nene. Nunca quise hacerte daño. Sólo quería que fueras alguien en esta vida.

Alan no la escuchaba, se había abstraído de la realidad como medida de protección. No entendía cómo alguien podría estar tan solo en la vida.

No sólo estaba indefenso de un techo y de una familia, sino que, de no ser por doña Clotilde, tampoco tendría ni siquiera nombre.

Sabía que Dios se había olvidado de él, lo que nunca pensó fue que se hubiese olvidado tanto, así, de esa manera. Era humillante.

Ahora nada le importaba, en los brazos de esa mujer se sentía totalmente protegido. Le hubiese gustado que ella fuese su madre.

Esa noche no quería dormir: necesitaba pensar. Sin embargo, aún carecía de los elementos suficientes para ver las cosas objetivamente.

Por más que intentase recordar a su madre, a su padre, a alguien de su familia, no lo lograba y la desesperación lo vencía a cada instante.

A la mañana siguiente anduvo todo el día como un sonámbulo. Esa actitud no pasó desapercibida para sus tutores pero, de momento, no quisieron decirle nada.

Esta conducta se continuó extendiendo en el tiempo, lo que reforzó la alarma. Sus tutores recordaron que el niño quedó así luego del encuentro con la anciana.

Entonces decidieron hablar con ella. El director del INAME fue al Borro y, luego de dar vueltas y preguntar a varios vecinos, al fin encontró la casa de Clotilde.

Dentro de lo que cabía, para la zona en la que estaba, su casa era una de las mejores. Ella lo reconoció de inmediato y fue prudente.

La mujer le sonrió y le hizo pasar a lo que sería el salón, aunque también hacía las veces de cocina y de dormitorio.

Le hizo sentar en una vieja silla que reclamaba de forma urgente que la reemplazasen por una nueva y el hombre, a regañadientes, aceptó.

El tipo rechazó el mate³ que le ofreció aduciendo que no se sentía bien. Ella sólo se limitó a sonreírle, era una mujer experimentada y no la engañaban fácilmente.

—¿Qué fue lo que le dijo a Alan que, desde que estuvo con usted, el pibe es diferente?

Ella hizo una mueca.

—Le dije la verdad, solamente la verdad y, a veces, la verdad duele... Duele más de lo que usted puede creer y fue lo que le pasó a Alan.

—¿Cuál es esa verdad? ¿De qué está hablando?

—Alan está solo en el mundo...

—¿Qué?

—Sí, totalmente solo y, de no ser por mí, tampoco tendría nombre ni fecha de nacimiento, nada. Ahora la tiene... aunque sea inventada por mí, la tiene.

—No sabía nada, —susurró él.

—Pues... debería saberlo, ¿no le parece?

El hombre la miró firme y ella le aguantó la vista.

3 – Andrés

Andrés nació en un piso de reciente construcción del Buceo, en el seno de una familia acomodada donde, los problemas económicos eran secundarios.

Su padre, un político frustrado, repartía su tiempo entre la militancia en la derecha y clases en el colegio y liceo América, era un retrógrado en cuanto a ideas y avances.

³ Infusión caliente de sabor amargo preparada con hojas de yerba mate.

Su madre, una mujer que nunca trabajó porque no lo necesitó, heredó una cuantiosa fortuna al ser hija única de un ganadero próspero de Lavalleja.

Ella, para no aburrirse, decidió ser madre sin atender a sus hijos en realidad, ya que, quienes los criaban eran las niñeras que iban pasando por su casa.

Andrés es el mayor de cuatro hijos, tres varones y una mujer. A él nunca le faltó nada a nivel material y sus caprichos se convertían en realidad casi al instante.

Él siempre ha sido una persona con una sensibilidad superior al estándar, pero ese detalle fue percibido sólo por él mismo.

Desde niño sintió admiración por el mundo femenino y por como las mujeres, poco a poco, iban ganando terreno en una sociedad dominada por los hombres.

En su habitación tenía un enorme póster de Marilyn Monroe y otro de Rita Hayworth, a las cuales admira desde siempre.

Andrés siempre evitó jugar con los chicos del barrio. Ante la posibilidad, ideaba las excusas más inverosímiles y las niñeras, al fin y al cabo, le complacían.

El nació en el verano de mil novecientos ochenta y lo que recuerda de los primeros años de sus progenitores, no es alentador.

Sus padres siempre discutían de puertas para adentro y, cuando salían a la calle, eran un modelo de familia a imitar como si antes estuviesen actuando y ahora no.

Él no entendía por qué hacían semejante atrocidad. Siempre se preguntó por qué habían decidido tener hijos si iban a hacer eso.

De todas maneras, luego se dio cuenta de que, con el paso de los años, ellos seguían juntos. O sea, algo debían de quererse.

Él no recuerda que, a pesar de las discusiones a puertas cerradas, hubiese intento de separación. El tiempo fue el encargado de responder las actitudes de los adultos.

Continuamente con sus niñeras se llevó bien. Con ellas empatizaba y lo escuchaban. De esa manera se sacó dudas, las cuales no eran pocas.

De toda la vida fue adepto a la lectura. Al principio, leía cuentos infantiles y todo lo que pudiera estar relacionado con su edad.

Pronto se dio cuenta de que eso no le bastaba y empezó a leer las novelas que sus nodrizas le prestaban a escondidas de sus padres.

Cuando tenía siete años, mientras que iba con la niñera a comprar unos artículos escolares que el mismo Andrés necesitaba, preguntó:

—¿Qué es lo que sientes cuándo estás con un hombre?

La niñera, sorprendidísima ante la pregunta, tardó varios segundos en recuperarse, por lo que no le apartó la mirada de encima, sin saber qué hacer.

—No entiendo, —al fin susurró—. No sé lo que quieres saber, Andy.

—Claro, quiero saber qué es lo que sientes, qué es lo que te produce cuando estás con un hombre...

—Emmm...

La aclaración no hizo más que acrecentar las dudas y se tomó unos minutos para reflexionar mientras disimuló su respirar hondo. Finalmente, se detuvo frente a él.

—Andy... Puedes confiar en mí tranquilamente. Yo no soy solamente tu niñera, también soy tu amiga.

—Emmm...

—O sea, todo lo que quieras saber me lo puedes preguntar a mí. Quédate tranquilo porque no les voy a decir nada a los señores. ¿Me entiendes?

Hubo un momento de silencio en el que el chico trataba de encontrar las palabras adecuadas y ella no le apartaba la vista.

—Yo quiero saber qué es lo que sientes cuando estás con tu novio porque a mí, cuando sea más grande, me gustaría estar con un hombre.

La chica, ante la confesión, se sintió desbordada por ese escenario. Ahora era el niño quien no le apartó los ojos en ningún instante.

—Andy. ¿Tú estás seguro de lo que me estás diciendo?

—Mira, cuando yo voy a la escuela, a mí no me gusta jugar con los otros chicos. Pero sí me gusta ir al baño y verlos mear...

Ya sé que eso no está bien, pero es lo que me gusta de toda la vida. Y por eso te digo que a mí me gustaría estar con un hombre cuando sea grande.

La joven se mordió el labio inferior mientras caviló las palabras que diría.

—No se le digas a papá ni a mamá, por favor. Ella le buscó la mirada y vio pánico en la misma.

—Andy, no te preocupes. Ellos no van a saber nada. De todas formas, eres muy pequeño todavía. Aún tienes toda la vida por delante y no creo que ya sepas realmente lo que quieras para tu sexualidad.

—Sí. Yo sé lo que me gusta... A mí me gusta ver a los chicos cuando mean... También me gusta el profe de gimnasia, sobre todo cuando va con el chándal blanco. La niñera sólo se limitó a mirar el suelo y los nervios en el chaval se fueron acrecentando hasta que empezó a correr como si en la velocidad estuviese su salvación. Andrés compartía cuarto con sus hermanos, a pesar que había alcobas libres en la casa, y los roces que existían con ellos, cada vez, eran más seguidos según veía. Discutían por idioteces, pero a Andrés le molestaba mucho. Con el paso de los años se dio cuenta de que, en la mayoría de las familias pasaba lo mismo. O sea, dejó de darle importancia a determinadas cosas y a mirar otras que verdaderamente eran relevantes y que le podrían ayudar en el futuro. Él dormía arriba en una litera y observaba sus posters mientras que sus hermanos pasaban el tiempo mirando los dibujos animados donde sólo había violencia. Una tarde helada de julio, donde el frío que hacía era excesivo, estaba toda la familia reunida en el salón de la vivienda que presumía de elegancia en cada rincón. Sus padres bebían mates frente al fuego, su hermana jugaba con acertijos, sus hermanos jugaban a las luchas y él daba vueltas de una punta a la otra en la estancia. Sus progenitores, al principio, no se dieron cuenta de su actitud, pero el hombre luego de una hora se dedicó a observar a su hijo mayor. El chico no percibió que estaba siendo observado. El padre le hizo el comentario a la madre y ahora ambos no le apartaban la vista.

—Andy, —llamó el padre.

Andrés ni se enteró.

—¡Andy!

El chico les miró.

—¡Andy! ¿Qué te pasa?

El niño se les acercó y se sentó entre ambos.

—Creo que tendré problemas cuando sea grande.

Sus padres se buscaron la mirada.

—¿Por qué lo dices, Andy?, —preguntó la madre.

—Porque yo soy diferente...

—¿Cómo que eres diferente? ¿Qué quieres decir con eso?, —insistió ella.

El niño se sumergió en su mundo interior.

—¡Ustedes no me entienden ni me van a entender nunca! Eso es lo que pasa.

—¿Por qué dices eso?, —preguntó el padre.

—Porque... Porque...

Andrés se puso de pie y fue al dormitorio. Los adultos no pudieron ni quisieron comprender lo que era evidente, pues les resultaba más cómodo.

Andrés se recostó en la cama y miró las imágenes de Marilyn y Rita. De repente, se le cruzó la imagen del profesor de gimnasia y su mano fue a los genitales.

La voz de su profesor, grabe y sensual, empezó a rebotar en su interior. Esa noche no pudo dormir casi. Pasó la mayor parte del tiempo dando vueltas en la cama.

Cada vez tenía más preguntas y no había nadie que se las respondiese. Al día siguiente, camino al colegio, decidió que la niñera era la única que lo podría ayudar.

—Dime, ¿por qué me pasa esto a mí?

—Andy, eres muy pequeño aún. No es posible que ya sepas lo que quieras para tu futuro en cuanto a la sexualidad se refiere...

Tienes que desarrollarte y aún tus hormonas están dormidas como para que sepas eso... Cuando seas más grande vas a tener las cosas más claras.

—Yo sé lo que siento... Y a mí me gusta el profe de gimnasia... No me gusta ninguna de las profesoras, ni siquiera la *teacher*. ¿Entiendes qué te quiero decir?

Soy distinto a mis hermanos y yo sé que voy a tener problemas porque me gusta el profe de gimnasia. Dime, ¿desde cuándo te gustan los hombres a ti?

Ella, cuando le escuchó, supo que era de toda la vida y no lo dijo. Sin embargo, Andrés no le apartó la mirada. Ante el silencio de la niñera, él supo la respuesta.

—A mí también, —musitó.

—Andy, no es lo que parece.

—Soy pequeño, no tonto.

Ella abrió la boca aunque nada logró expresar.

—A mí también, —reiteró.

—Andy, yo...

4 – Agustín

Agustín es un chico que nació en Salto, en la avenida General Manuel Oribe y avenida Rodó, en el seno de una familia de clase media.

Su padre, un abogado prometedor, se hizo un lugar en su sector con mucho esfuerzo, mientras que su madre, profesora de francés, estudió eso por tradición familiar.

Agustín es el hijo del medio, donde también está su hermana mayor y su hermano menor. Él siempre ha vivido despreocupado por todo.

La vida siempre ha sido sencilla. Sólo se ocupaba de ir a la escuela, de jugar a la pelota con los otros chicos del barrio y de nada más. Nunca fue un niño problemático. Se llevaba bien con sus hermanos y con sus padres. Nunca le interesó el mundo del arte y nada hacía presagiar en lo que se convertiría luego.

Agustín, sin ser consciente a qué nivel social pertenecía realmente, ni de lo que aspiraban sus padres para él, se vinculaba tanto con ricos como con pobres.

Le encantaba las tardes veraniegas en las que iban a la laguna a bañarse. Allí pasaban horas y horas. Hablaban de todo.

Él tenía solamente siete años de edad y algunos de los menores ya estaban pisando los quince y se atrevían a hacer otras cosas.

Una de las cosas que se atrevían, según oía, era a estar con mujeres. Agustín sentía seria curiosidad por esos temas y no se atrevía a preguntar.

Él temía que se lo fuera a tomar por un ignorante en la materia. Lo que el chico desconocía era que los otros sabían mucho menos de lo que presumían.

Una tarde de enero de mil novecientos ochenta y siete, donde el calor era agobiante en cada rincón de la ciudad, fueron, como casi todos los días, a la laguna.

Todo estaba saliendo como siempre, por lo que no había motivos para preocuparse. De pronto, se dio cuenta de que el Toto y el Flaco estaban dándoles la vuelta a algo.

Luego todos estaban dentro del agua. Resultó que los chicos se habían desnudado y agitaban sus prendas celebrando lo que se atrevían a realizar.

Agustín se retrajo mucho, por lo que no hizo ningún comentario. No era el único de esa edad y eso lo hacía sentir protegido.

Se moría de ganas por verles los genitales, sobre todos porque le doblaban la edad y tenía deseos de ello. De pronto, se dio cuenta que nunca antes tuvo ese deseo.

Cuando al fin salieron del agua no perdió tiempo y enseguida se puso a mirar los cuerpos desnudos de los jóvenes que se exhibían sin pudor.

Para variar, ellos fueron por sus prendas y no se vistieron, sino que quedaron con los *short* a un lado y se sentaron en círculo.

Eran como diez chicos en total que estaban en ese instante y sólo ellos dos estaban completamente desnudos indiferentes a todo.

Agustín no podía creer que ellos fueran así: tan robustos y elegantes, con tantos pelos en todas partes y los penes tan grandes.

No le desagradaba contemplarles, pero él sabía que no debía de ser indiscreto. De igual modo, siempre que tenía la oportunidad, los observaba.

A eso de la media hora, luego de hablar vanidades y exagerar alguna que otra mentira, los chicos que estaban desnudos empezaron a tocarse los genitales.

Agustín no podía creer cómo se tocaban, ni mucho menos, por qué cambiaban tanto sus expresiones faciales. Varias preguntas le surgieron de repente.

Ahora les veía agitados, incluso, parecía que tuviesen problemas para respirar y hacían iguales movimientos que vio al inicio de la tarde con ellos mismos.

A los pocos segundos Agustín se dio cuenta de que los penes se habían endurecido y crecido como nunca lo hubiese creído.

Los penes ahora eran enormes y las manos se movían, cada vez, más rápidas, y se mezclaban con los pelos. Él se preguntaba si haría eso cuando fuese grande.

No, —se decía—. *Estoy seguro que no.*

Él no tenía pelos y no encontraba una razón para tocarse el pito así, y más para quedar de esa manera, que parecía que estuviesen corriendo una maratón.

Lo que más le sorprendió, fue cuando vio que las manos de los chicos se detuvieron abruptamente y quedaron manchadas por esa especie de leche que le dio asco.

Agustín buscó la vista a los chicos y estaban respirando hondo, con las manos salpicadas por esa especie de leche y de la punta del pito había gotas de algo.

Agustín se moría de ganas de saber lo que era. Él quería preguntar miles de cosas, aunque no se atrevía a decir nada y miraba con reserva todo lo que le rodeaba.

Los otros chicos tampoco se animaban a preguntar y miraban a los más grandes con mesura. Luego los que estaban desnudos se dieron un chapuzón y se vistieron.

Agustín se sentía extraño. No sabría definirse cómo se sentía en esos momentos, era algo que nunca antes había sentido y le surgieron varias dudas.

Esa noche no pudo dormir y no dejaba de pensar en su futuro. Tampoco podía sacarse la imagen de la cabeza de los chicos mientras se masturbaban.

Quizás, su padre, le podría aclarar las dudas, pero era mejor que nadie supiese nada de lo que había pasado en la laguna porque no lo dejarían ir más.

A partir de ese día su mundo cambió. Ahora tenía dudas, preguntas y quería saber todo lo que le pasaba a una persona cuando crecía, cuando se hacía grande.

Era verdad que su padre era un hombre de treinta y pocos años de edad, muy apuesto y lo había visto varias veces en calzoncillos.

Y una vez, en el vestuario de las termas, lo había visto desnudo, pero no prestó atención a detalles que ahora sí despertaban su curiosidad.

Su padre tenía vellos en el pecho, no muchos, pero sí eran visibles. Además, sus piernas eran musculosas y siempre que podía jugaba a la pelota con sus amigos.

Ahora, pensándolo mejor, cuando lo veía en ropa interior, sobre todo en las noches de verano, notaba que tenía mucho bulto debajo de la tela.

Agustín se preguntó si quedaría así de mayor. Se tocó los genitales y negó; no podía ser que él, que no tenía más pelos que en la cabeza, fuera a ser como su padre.

Pero también era consciente de que tenía sólo siete años de edad, mientras que su padre tenía más de cuatro veces edad que él.

También se miró el pecho, las piernas, debajo de los brazos y no... No había nada. No podía ser verdad que su cuerpo fuese a cambiar tanto.

Las preguntas, cada vez, se le aparecían en mayor frecuencia y ya no quería más incógnitas, sino que necesitaba sus respuestas.

Quizás, si se lo preguntaba a su padre, él le pudiese aclarar. Pero había algo que no le permitía expresarse libremente ante los mayores.

El domingo siguiente el calor que hizo fue histórico. Desde la mañana su padre había desnudado su torso y vestía solamente *short*.

Ese día, a pesar de que le apetecía, no fue con los chicos a la laguna. El niño se sentía diferente y no sabía que le sucedía realmente.

Agustín ahora miraba a su padre con cierta diferencia. El hombre tenía un cuerpo agraciado. Era alto, tenía unas piernas que le gustaban y en ellas y en el pecho, pelos.

Su madre, siempre que podía, aprovechaba para darle alguna palmada a su padre y después un beso, siempre que los chicos estaban ausentes.

Agustín se preguntaba por qué hacían eso. Eran muchas cosas que no le cuadraban y ahora se había vuelto más observador de lo que podría haber imaginado.

Sus padres se acostaban en el suelo sin vestir del salón. A Agustín le gustaba observarlo con esa respiración constante y relajada que tenía.

Oh, —se decía internamente—, ¿yo seré así cuando sea adulto? ¿Yo también tendré esos pelos como papá? Me siento raro cada vez que lo veo... pero yo no era así.

¿Qué le pasa a la gente cuando crece? ¿Por qué los mayores no hablan de muchas cosas con los pequeños? Jo, ¿yo seré así también?

Con el tiempo descubrió que su padre era uno de los hombres más apuestos que había visto en su vida y se sintió extraño cuando fue conocedor de ello.

5 – Rafael

Rafael nació en la calle 6 de Abril, frente al parque Solari, en una modesta casa hecha de ladrillos desnudos y de toscas aberturas.

Desde siempre fue consciente de su precaria condición económica y todo lo que ello significaba, lo que no le hacía ni pizca de gracia.

Nació en el otoño de mil novecientos ochenta y era el menor de tres hermanas por lo que vivió, básicamente, rodeado de mujeres.

A pesar del humilde contexto socio-económico que vivía, tenían televisión, la cual era una gran válvula de escape para el niño.

Su madre se ocupaba de la educación de sus hijos y su padre debía trabajar. Al ser el menor, era el más consentido y a su padre no le hacía gracia.

Rafael, junto a su madre, miraba todas las telenovelas que podía. Se enganchaba tanto en las historias que parecía vivirlas en carne propia.

Siempre estaba atento a cada detalle de los actores y de las actrices, los cuales, al poco tiempo, no pasaron inadvertidos para su madre que lo miró con otros ojos.

Ella no le contaba todas las cosas a su marido, temiendo la reacción de éste. Había cosas que no estaban bien y ella estaba segura de eso.

A pesar de todo, protegía Rafael. Siempre había deseado tener un varoncito y, al fin, el cuarto fue el varoncito tan deseado.

Al pasar tantas horas junto a su hijo menor mirando televisión, empezó a hacerle preguntas estratégicas, tratando de probar sus teorías.

—Rafa, ¿por qué te gustan tanto las novelas?

—Mami, por lo menos con la tele, yo me olvido de toda esta pobreza...

—Pero nene, ¿no te gustaría ir a jugar a la pelota con los chicos del barrio?

—Mami, a mí me gusta estar contigo. A mí me gustan las cosas que tú haces...

—Pero nene, eres muy pequeño como para que te gusten las cosas que yo hago. ¿No te parece que deberías salir un poco a jugar con los chicos?

—No, mami. Yo me aburro con ellos. Contigo yo me siento bien. Además, ya estoy aprendiendo a cocinar, ¿no? Y si no, tú te vas a aburrir sola...

—Nene y, ¿qué es lo que más te gusta de las novelas que miramos?

—Mami, ¡ahí son todos guapos!

—¿Sí?

—Mira qué guapa que es Natalia Di Salvo, la que hace de Silvia. ¡Y mira que guapo que es el personaje de Leonardo Sbaraglia, el que hace de Diego!

Mami, cuando yo sea grande me gustaría ser como el personaje de Pablo Rago, como Lucho. ¡Oh, sí!, me gustaría tanto...

—Eres muy pequeño como para pensar así.

—¿Por qué?

La madre lo escuchaba en silencio y, desde ese mismo instante, estaba confirmando lo que sería el futuro de su hijo. No lo podía creer.

A partir de ese día, fue una mujer diferente. Se sentía culpable y ya daba por hecho los peores augurios, lo que la estremecía hasta el alma.

Noches enteras pasaba en velas pensando en la tragedia que se avecinaba. Y durante el día trataba de encontrar palabras y hechos que le demostrasen lo contrario.

Su marido, siempre ocupado en el trabajo, a pesar de que el dinero nunca alcanzaba, trabajaba de sol a sol, y no se había dado cuenta de nada extraño en su hijo.

Los domingos, como no pasaban ninguna novela, el niño optaba por revisar sus cuadernos de la escuela. De esa manera se pasaba horas y no molestaba a nadie.

Su padre, generalmente los fines de semana, compraba vino y se ponía a beber. Y enseguida que le empezaba a afectar la bebida, iba a dormir.

A Rafael no le gustaba el vino, pensaba que esa bebida era de los pobres. Y él no quería ser pobre ni hacer nada de lo que hiciesen los necesitados.

Por eso no jugaba a la pelota, no compartía nada con los chicos del barrio, no le gustaba el vino y era el mejor estudiante de su escuela.

Además, no importaba el tiempo que hiciese, siempre se las arreglaba y asistía a la escuela número ochenta y uno, en la avenida Blandengues.

Sus padres, ante eso, nunca pusieron ninguna objeción. Es más, lo alentaban ya que alguien, al menos, podría ser algo en la vida.

Y ese alguien los podría sacar de la pobreza extrema en la que estaban hundidos y, hasta hoy, no veían posibilidad ni forma de cambiar la suerte que les tocó.

Un sábado helado de las vacaciones de julio, su padre había trabajado sólo hasta el mediodía, y luego de la siesta se puso a mirar televisión.

Rafael, como siempre, estaba con sus cuadernos esparcidos sobre su cama. El salón de la casa hacía también de cocina y de dormitorio.

—¿Qué es lo que te gustaría ser cuando seas grande, Rafa?

El niño ni lo dudó.

—Quiero ser médico, papá. Todos los médicos que conozco siempre andan limpios, tienen una casa bonita y son guapos.

El padre, cuando lo escuchó, le buscó la mirada a su mujer, quien acababa de dejar una bandeja de tortas fritas⁴ en la mesa que usaban para todo.

—Pero, ¿no crees que deberías seguir estudiando algo que realmente te guste?

—A mí me gustaría ser médico por eso... Quiero comprarme una casa como la que mostró Pancho Ibáñez el otro día... Te das cuenta de cuál es, ¿no mami?

Su marido la fulminó con la vista y ella lo ignoró. De todas maneras, el padre siguió mirando la tele, ya sabía que algo no encajaba bien.

El padre debía tomarse el tiempo necesario para pensar. Las sospechas que tenía eran infundadas y su hijo era pequeño todavía.

Rafael era sólo un niño, ahora que se daba cuenta, era muy casero. No había sido consciente hasta ese instante lo casero que había sido toda la vida.

En cambio, a sus hermanas había que atarlas a la pata de la cama para que no salieran. Debería de estar todo más equilibrado.

⁴ Bocados preparados con una masa de harina, agua, sal y grasa, sobada con los puños para que resulte masa tierna; se fríe en grasa de vaca.

Pensándolo bien, él descubrió que su hijo era *delicadito* y temía que el hecho de estar todo el día metido entre las faldas de su madre lo hiciera *rarito*.

Pero, ¿qué podría hacer él? Eran muchas cosas las que estaban pasando esa tarde y no estaba preparado para tanto. Su mundo empezó a cambiar.

Quería hablar con su hijo abiertamente y sabía que ése no era el momento. Además, no tenía la menor idea de cómo encarar una conversación así.

Esa noche fue él el que no durmió. No por la siesta que había dormido, sino por las dudas que lo acosaban continuamente.

Él sospechaba que un tío suyo era maricón. Ese hombre nunca se casó. No se le conocía amiga, novia, ni nada. Ni siquiera amigos.

De ese tío nunca se hablaba de su vida privada con nadie. Pero él sabía que, a veces, salía a la medianoche y volvía antes del amanecer.

Y mientras que las salidas de los otros familiares, eran comentadas y re-comentadas por toda la prole familiar, nunca se decía nada acerca de él.

Quizás se estaba apresurando a los sucesos y su hijo, en realidad, no era más que un materialista que pretendía ser rico estudiando medicina.

Los días siguientes y las semanas posteriores no se pudo quitar la idea de que su hijo fuera *rarito*. Quería comprobarlo y no sabía cómo.

Vaciló más de un momento, adquirió coraje de donde no lo tenía y se decidió hablar con su hijo antes de que fuese muy tarde.

Cuando creyó que estaba listo para la charla, la concretó. Fue así que, a pesar de que estaba fresquito, una tarde de domingo fue con Rafael al parque Solari. Solamente debía pasar la calle, pero al niño le hacía ilusión salir con su padre. La madre estaba intrigada por la actitud de su marido.

Sabía que algo estaba tramando, aunque no tenía la menor idea de lo que era. Fue prudente y no dijo ni insinuó nada.

Fueron a los columpios. Rafael se sentó en uno y el padre en otro. Luego de varios minutos en afonía, le buscó la vista a su hijo y él miraba a unos chicos.

—Rafa...

No recibió respuesta.

—Rafa...

Continuó sin recibir respuesta.

—¡Rafa!

El niño lo miró sorprendido.

—¿Estabas distraído?

—Sí.

—¿Qué estabas mirando?

—No, nada, —dijo el niño.

El hombre frunció el ceño.

—Rafa, dime, ¿por qué tú nunca sales a jugar con los chicos del barrio?

—No sé.

El crío bajó la mirada.

—Rafa, ¿tú te sientes diferente al resto de los chicos?, —preguntó luego de varios minutos.

Rafael no dudó en subir y bajar la vista.

—No sé lo que me quieres decir, papá. No te entiendo.

—Nene, quiero que sepas que yo te quiero mucho y que siempre puedes confiar en mí. Hagas lo que hagas yo siempre te voy a querer.

—Papi, no te entiendo. No sé lo que me quieres decir con eso.

—Ya me entenderás... Sí. Ya me entenderás, —susurró.

—¿Por qué?

—Por nada.

—¿Pasa algo?

—Quédate tranquilo porque todo está bien y lo seguiré estando.

—Ammm.

Los ojos de Rafael se habían abierto desorbitados y miraba a su padre como si fuese un fantasma.

1 – Ignacio

Ignacio llegó a la pubertad con miedos y dudas, más de los que podría haber creído y sentía inseguridad en cada aspecto de su vida.

No le gustaba lo que entreveía. Era un mundo yermo el cual enfrentaba, cada vez, más aterrorizado. Y había cosas que ya no podría seguir ignorando ni ocultando.

Era un adolescente recién en el verano de mil novecientos noventa y cinco y, cuando se duchaba, evitaba mirarse desnudo.

No le gustaba el cambio que estaba teniendo su cuerpo, ahora con pelos; se estaba quedando más robusto y la voz se le estaba volviendo grave.

Le daba vergüenza hablar con todo el mundo y continuamente estaba con un malhumor de mil demonios que ni él se aguantaba.

A pesar de todo, habitualmente, iba a la playa con su madre y sus hermanas. Su padre les acompañaba solo los fines de semana.

En la playa pasaba horas abstraído en su propio mundo, verdaderamente paralelo a la realidad en un incesante diálogo interior.

Parecía que, cada vez, tuviese más preguntas que respuestas y eso sí que no se podría entender. Tampoco hacía nada para responderlas.

A veces dirigía la mirada a las chicas, las cuales eran muy guapas. Pero su atención siempre concluía en los torsos masculinos, los cuales parecían modelos profesionales.

Más de una vez su familia lo sorprendió con la vista perdida en algún hombre, aunque nadie le dijo ni le insinuó nada.

Una tarde de diciembre, luego de haber acabado el año académico, fue a la playa aunque, esa vez, hizo la excepción y fue solo.

Al ser día de semana, no había tanta gente y al estar sin la compañía de su familia, se tomó más libertad a la hora de mirar a los tipos que exhibían sus cuerpos agraciados. Ahora sí, no lo podría negar. A él le gustaba más ver a los hombres que a las mujeres. Nacho sabía lo que significaba y le daba temor reconocerse así.

Su mente empezó a volar e imaginarse un futuro donde se veía teniendo una vida gay y, lo que veía, no le daba satisfacción.

Imaginó la reacción de sus padres ante la noticia. Pensó en los chicos del club, todos guapos, parecían modelos de las revistas argentinas que tanto lo desvelaban.

Pensó en los actores argentinos que invadían la Costa Esteña los veranos y sus órganos genitales no tardaron en reaccionar.

Las horas fueron pasando hasta que llegó el atardecer. Ya era tarde y, a pesar de que hacía calor, y el crepúsculo era para soñar, decidió volver a la mansión.

No era frecuente que se ausentara por tantas horas y no quería que su familia se preocupara. Cuando llegó sus padres estaban en el patio de adelante bebiendo vino.

Él les quiso ignorar, pero su padre lo llamó. Nacho, sin ganas, se acercó. Su padre le indicó que se sentase en una de las sillas libres y así lo hizo.

El joven les buscó la mirada y ambos aparentaban estar distantes. Sin pronunciar palabras perduraron durante varios minutos.

Nacho seguía con la mente en la playa, en los cuerpos trabajados de esos hombres que le hacían sentir vértigo, y que le gustaban demasiado como para ignorarlos.

Era prácticamente una tarea imposible de realizar. Había cosas que no estaba controlando y eso le preocupaba y lo asustaba.

—Nacho.

Ignacio se había abstraído tanto en su mundo que no se dio cuenta de que le habían hablado.

—Nacho.

Ignacio los miró y enarcó las cejas.

—Nacho, tu madre y yo hemos estado hablando y... Y hay cosas que no nos cuadran de tu actitud.

Ignacio se hizo el desentendido y optó por poner una actitud de suspicacia. No quería ponerles las cosas fáciles porque no sabía lo que podría pasar.

—No sé a qué se refieren...

—Nacho, ya eres grande y hay cosas de ti que no nos terminan de cerrar. No sé... Eeemmm. Bueno, hay gestos y ciertos gustos que no son propios de un chico...

—Papá, estoy cansado. Quiero acostarme... Estoy confuso con algunas cosas. Necesito pensar...

Al decir eso, se paró y se retiró a su refugio. Sus padres ni se inmutaron por lo que acababa de suceder y acabaron el vino blanco.

La noche había llegado y sus progenitores seguían en el frescor del final del día mientras el joven se había recostado en su cama y se asombró a sí mismo llorando. Trató de encontrar una explicación y la misma no afloró. Nacho, cada vez, se sentía más débil y no podía aceptar lo que le estaba pasando.

Más sorprendido quedó cuando se dio cuenta de que su madre le estaba secando las lágrimas. Ella le halló la mirada y se sorprendió al ver tanta tristeza.

—Mamá... Tengo miedo. Tengo miedo. Creo que necesitaré ayuda... Sí, mami... De alguien... Por favor.

—Nacho, no te preocupes porque va a estar todo bien. Mañana vamos a ir a un psicólogo y él te va a ayudar en todo lo que necesites.

—Vale.

—Ahora quédate tranquilo, nene. No te preocupes por nada. De verdad te lo digo, va a estar todo bien. Trata de tranquilizarte.

—Mamá, ¿por qué me pasa esto? No entiendo...

—Nacho, eres muy joven todavía.

—Sí, ¿pero...?

—Aún tienes toda la vida por delante. No temas porque va a estar todo bien.

—No, mami. No va a estar todo bien. Ojalá que fuese así, pero... Pero yo sé que no será así.

—No te preocupes, nene. Sé lo que te digo y va a estar todo bien. Ahora date una ducha. Yo te espero en el salón. ¿Vale?

Esa noche Nacho, a pesar del cansancio y estrés que tenía, no pudo dormir. A la mañana siguiente estaba ojeroso y desgano.

Se dio una ducha con agua fría y fue un rato al patio sin desayunar. Su madre, cuando se dio cuenta de que el joven estaba afuera, se le acercó y se sentó a su lado.

Permanecieron unos minutos en silencio donde ella, de vez en cuando, le echaba una detenida mirada y reprimía lo que quería decir.

—¿Estás dispuesto a enfrentarte a tus temores, mi cielo?, —rompió el silencio ella.

Nacho le buscó la vista.

—Sí. Quiero ir ahora. Por favor. No me dejes solo... No sabría qué hacer...

—Vamos, —indicó ella.

Llegaron a la avenida Gorlero. Era un edificio individual, sin mucha ostentación, y por eso precisamente, llamaba más la atención.

Uno de los dormitorios de la vivienda hacía de sala de trabajo. El psicólogo era hombre entrado en años y tenía una expresión impasible.

No se sabría decir qué es lo que pensaba o lo que sentía. Era como una máquina. Ignacio se recostó en un diván y el profesional se sentó cerca pero no se veían de frente.

—Dime, Nacho, ¿cómo te sientes hoy?

—No sé, doctor.

—Nacho, ¿cómo te sientes? Intenta describirme con palabras qué estás sintiendo ahora.

Hubo un extenso silencio donde Nacho trató de mirarlo aunque no encontró su mirada.

—No temas, Nacho.

—Doctor, estoy confuso. Quiero gritar. ¡Quiero gritar a los cuatro vientos que me siento fatal!

—¿Por qué?

—No sé.

—Dime.

—Sólo sé que estoy confuso. Sí... Estoy muy confuso con todo, doctor. Ya no sé qué hacer. Mi vida es una tortura continua...

Ahora el joven no podía controlar el llanto y las palabras se les atragantaban unas a otras. Los minutos fueron pasando hasta que Nacho recuperó la compostura.

—Tranquilo.

El joven se limpió las lágrimas.

—Doctor, hay veces que lo veo todo tan claro... Pero hay otras veces que lo veo todo tan oscuro que ya no sé qué hacer. Tengo miedo.

—¿Por qué?

—No sé, pero... pienso en la muerte, ¡en mi propia muerte! Pienso en el futuro y...

Nacho hizo silencio y se oía solamente su respiración.

—¿Qué más, Nacho?

—Pienso... Em, no sé. Es duro para... papá... mamá... Ellos no se merecen tenerme como hijo. ¡Soy una vergüenza para ellos!... y para todo el mundo...

—Nacho, eres muy joven todavía. Tienes toda la vida por delante. No has hecho nada de lo que te puedas arrepentir. Cuéntame, ¿qué es lo que deseas hacer?

—Doctor, no me hace bien hablar de esto...

—Nacho, debes contarme lo que no te gusta, todo lo que te asusta... Debes desahogarte conmigo porque estoy para escucharte.

—¿Pero...?

—Debes contarme absolutamente todo, no importa lo que sea... Yo necesito saber todo para poder orientarte y aconsejarte mejor.

—¿De verdad?

—Sí. Yo necesito saber eso... Saber lo que te pasa... Estás desorientado, Nacho, sólo desorientado.

—Un poco.

—No eres el único que está en ésa situación...

—¿En serio?

—Ajá. Ya vas a ver que, cuando me lo cuentes, no es tan grave como te lo estás imaginando ahora.

—¿Seguro?

—Sí. Vamos. Inténtalo. Vas a ver que te vas a sentir mejor.

—Doctor, no hay día en que no desee ser otra persona. Hay días que miro a mis hermanas y no siento más que envidia por ellas.

—¿Por qué?

Nacho quedó reflexivo varios segundos.

—¡A ellas se les hace todo tan fácil! Tan fácil, doctor, que yo las envidio. No sé por qué me pasa esto a mí, pero me pasa...

Y... Y siempre sueño con lo mismo y tengo miedo por eso. Veo hombres desnudos. Imagino a hombres desnudos que se meten en mi cama.

¡Deseo estar con ellos, pero...! ¡Y me pregunto por qué mierda no me pasa eso con las mujeres! Yo por las mujeres no siento nada... doctor.

Ignacio se cubrió el rostro.

—Tranquilo.

—Sé que estoy enfermo y que no está bien lo que me pasa. Por favor, quiero que me ayude... Yo quiero que me cure, doctor.

Yo no puedo seguir así. Esto ya no es vida. No... Esto ya no es vida. Y siento que cada vez tengo menos fuerzas para luchar.

—Tranquilo, Nacho.

Nacho había comenzado a llorar otra vez, mientras el psicólogo lo miraba impasible y sacaba, de vez en cuando, apuntes.

—Hay veces que planeo mi propia muerte. Quizás, si muero... Sí, con la muerte se me acabarán todos los problemas.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—No puede ser...

—Esa es la solución que estaba buscando. Esa es la única solución que hay para mí. Nada más que mi propia muerte, doctor. Va a ser mejor para todos.

—No. Ya verás como siempre hay alguna salida.

—No... No creo.

2 – Alan

Alan había empezado a sentir cosas extrañas que le incomodaban. Ahora elegía ducharse solo, ya sea el primero o último que sus compañeros del INAME.

En las duchas del asilo se aseaban tandas de diez chicos, pero se excitaba, y esa situación se le había empezado a repetir casi a diario.

El primer día que le pasó recibió bromas de sus compañeros y de inmediato se dio cuenta de que ahora, con sólo con recordar a los chicos desnudos, se excitaba.

Si yo no soy marica, —empezó a pensar—, ¿por qué me está pasando esto? Debería estar pensando en chicas pero...

Joder, no me gusta lo que siento.

Además, con lo que se trabajaba en el asilo, siempre andaba cansado pero, a pesar de todo, a la hora de la ducha, su aparato reproductor adquiría vida propia.

También compartía la habitación con varios chicos y eso tampoco lo favorecía. Todos vestían calzoncillos para dormir y, más de una vez, se descubrió observándolos.

Sus confusiones, dudas, temores y desconfianza aumentaban día a día. Además, su cuerpo estaba sufriendo unos cambios que lo dejaban sin aliento.

Ahora se afeitaba y tenía la voz aflautada. Y esa cantidad de pelos en las piernas y en los genitales que parecía que nunca dejaban de salirle.

Los cambios hormonales eran para todo el mundo. Más de una vez se despertó tenso y se dio cuenta de que sus calzoncillos estaban empapados.

Él estaba totalmente seguro de que no se había orinado y le daba miedo responderse lo que ahora era tan evidente.

Constantemente se preguntaba si a los otros chicos les pasaría algo parecido, aunque no se atrevía a preguntar nada a nadie.

Temía que lo tomaran por loco o, lo que sería peor, por maricón. Desde siempre había tenido una vida difícil y ahora parecía que todo se le estaba complicando más.

Si bien antes no tenía nombre, ni siquiera fecha de nacimiento, sino solamente lo puesto, no tenía esas dudas que ahora lo atormentaban a cada minuto.

Si no era con la compañía de alguien de la seguridad del Instituto nunca estaban solos, porque si no habrían hecho mucho más cosas.

Los sábados de tarde y los domingos eran días de descanso, aunque no se les permitía salir del Instituto y la vigilancia que tenían era mínima.

Los chicos sabían que si se portaban mal les castigarían sin piedad. Esa era la ley y había que respetarla costase lo que costase.

Todos los que estaban ahí sabían lo que era el hambre, no tener un refugio donde pasar las noches, ni tener a nadie a quien recurrir, por lo que siempre obedecían.

Sea como sea, ahí tenían techo, comida, estudiaban y trabajaban, aunque era mínima la paga, la pasta era para ellos por lo que podrían ahorrar.

Cuando estaba libre de las tareas, prefería quedarse reclinado en su cama, independientemente del clima que estuviese haciendo.

Esa era la decisión de Alan y el personal la respetaba. Cuando estaba así se dedicaba a analizar su vida, paso a paso, y la comparaba con vidas ajenas.

Quizás, si le decía a un guardia que necesitaba hablar con alguien que le ayudase; tampoco el objetivo era contar nada al guardia ni a cada uno qué le sucedía.

No conocía ningún referente homosexual y eso lo asustaba. De todas maneras, era virgen y tal vez, cuando estuviese con una mujer, se le fuesen esas dudas.

Pero él se acordaba bien de la revista porno que tenía uno de sus compañeros. Cuando la vio, donde sólo aparecían mujeres, no le produjo nada.

Sin embargo, sólo con recordar a sus compañeros en las duchas, su verga reaccionaba con una fuerza y una presión que lo aterrorizaban.

Había demasiadas cosas que no le cuadraban y se preguntaba qué sería de su vida cuando cumplierse los dieciocho años.

Dentro de lo que cabía, no faltaba mucho y, sí o sí, a partir de momento, debía empezar completamente de cero en otro lugar.

Una tarde de lunes no se sentía bien y no dijo nada. De igual forma el guardia se dio cuenta de su palidez y de su desgana que nunca habían sido parte de su persona.

Alan insistió que sólo era cansancio, pero el guardia no le creyó, lo llevó al médico y le hicieron análisis. Cuando estaba vistiéndose, le buscó la mirada al profesional.

—¿Cómo te sientes ahora, Alan?

—Doctor, necesito hablar con alguien...

—No te entiendo. ¿Con quién quieres hablar?

—No sé, doctor. Pero estoy confuso con algunas cosas y quiero saber con quién puedo hablar...

El médico se le acercó, sin apartarle la vista, y el joven tampoco apartó la atención de ese hombre entrado en años y carnes.

—Dime, Alan, ¿de qué quieres hablar?

—Doctor, estoy confuso con algunas cosas y ahora me estaba preguntando con quién podría hablar... Ahí, en el asilo, no puedo hablar con nadie...

—Ajá.

—Mis compañeros están en la misma situación que yo y con los guardias no se puede hablar... Yo quiero saber si hay alguien que me pueda escuchar y que me pueda aclarar dudas y cosas...

El médico asintió.

—Alan, ¿las dudas que tienes están relacionadas con alguna falda?

Él bajó la mirada. Hubo un extenso silencio hasta que le volvió a buscar la mirada al médico.

—¿Puede ayudarme?

—Sí. Voy a ver qué es lo que puedo hacer.

Esa noche no pudo dormir. Dio vueltas en la cama y no podía conciliar el sueño. Se preguntaba cómo podría encarar la plática que tendría con ese desconocido.

Le daba pánico lo que pudiera pasar, lo que esa persona pudiera pensar, pero, a su vez, quería que llegase ese momento cuanto antes.

Era una carga la que estaba soportando y quería una solución cuanto antes. Al día siguiente no estaba recuperado y no asistió a clases ni fue a trabajar.

Sin embargo, a eso de las cinco de la tarde, el guardia de turno le indicó que le acompañase. Llegó a la clínica del asilo y le hicieron sentar en un diván.

Habían puesto música suave y se sintió a gusto a partir de ese instante. A los pocos minutos entró un hombre joven, bastante apuesto y se sentó a un lado.

—¿Cómo te sientes, Alan?

Alan sólo se limitó a mirarlo y no dijo nada.

—Mi nombre es Alonso Valero y soy psicólogo.

Alan no se inmutó.

—A mí me puedes contar todo lo que te está pasando. Lo que me cuentes a mí va a quedar solamente entre tú y yo. Entre nadie más.

Los ojos del joven se abrieron desmesuradamente.

—Quédate tranquilo porque cada palabra que me digas no saldrá de aquí. Puedes estar tranquilo y hablar en confianza porque yo estoy para escuchar a la gente. Hubo unos minutos de silencio, pero ahora Alan no se atrevía a romper esa atmósfera que se había creado y vio que el hombre estaba leyendo unos papeles.

—Alan, no tengas miedo.

—¿Pero...?

—Sé que no nos conocemos de nada, pero es verdad lo que te digo. Hace tres años acabé la carrera y a mí me asignaron asistir a los chicos de este centro...

—No sé cómo empezar, —susurró.

—Y se supone que deberías de empezar por el principio, pero tú hazlo como te quede más cómodo.

—No es fácil...

—Tranquilo.

—Siento... Siento vergüenza por lo que me pasa...

—Cuéntame, ¿cómo te sientes ahora?

—Me siento confuso...

—¿Por qué?

—Hay cosas en mi vida que no están bien y me da miedo lo que siento... Todo lo que me pasa...

—Cuéntame, Alan.

El adolescente contuvo el aliento.

—No tengas miedo. Te vas a sentir mejor.

—No sé.

—Tranquilo. Habla en confianza.

—Yo creo... Yo creo que soy *rarito*. Algo me está pasando y ese algo me tiene mal.

—Y, ¿desde cuándo sientes que te pasa algo raro?

—Yo creo que... Ahora, pensándolo bien, creo que de toda la vida. Sí, yo creo que sí.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es así.

—Te escucho, Alan.

—No me es fácil hablar de esto. De hecho, nunca lo hablé con nadie.

—Tómate el tiempo que necesites.

—¡Ufff!

—Tranquilo que todo en la vida tiene solución. Incluso eso que crees que es un problema.

Alan lo miró con los ojos entornados.

—No temas, Alan.

—No es eso... solo que me da vergüenza.

3 – Andrés

Andrés, cada día, tenía un estado de humor diferente que desconcertaba a todo el mundo, incluso a sí mismo.

Le gustaba mirar las novelas y series argentinas y, sobre todo, los actores que aparecían. Para esa altura no le importaba ni alarmaba lo que pensarán o digesen de él.

A pesar de que el cura de la iglesia a la que iba su madre habitualmente siempre condenó la homosexualidad, a él no le afectaba.

Él siempre decía que no era un monstruo. Que si Dios no hubiese querido que fuese marica, Él mismo habría hecho hasta lo imposible para que no lo fuese.

Sus progenitores, en los últimos años, se estaban llevando mejor, y no sólo de puertas para afuera, sino en todo momento.

Eso fue un alivio para todo el mundo. No sabe lo que pasó en realidad entre ellos para que se diese semejante cambio, aunque lo agradeció.

Andrés se dio cuenta de que el cambio vino después de que murió una hermana de su padre, la cual era muy joven y querida.

Aún no entendía muchas cosas de la vida, sin embargo, se dio cuenta cómo una muerte puede condicionar varias vidas y reescribir el futuro.

A Andrés le gustaba ir a natación y a inglés. Y nunca se cortó ni medio pelo delante de nadie cuando era la hora de piropo a un hombre o destacar que le gustaba.

Su madre y su padre, por separado y juntos, más de una vez le habían hablado del tema. Y su respuesta fue siempre la misma:

Que desde siempre le gustaban los chicos y que en un mañana no se veía casado ni, mucho menos, con hijos. Es más, no se veía en una ciudad como Montevideo.

Él quería hacer lo que realmente deseaba. O sea, ser un transeúnte más, llevando una vida junto a otro chico sin que lo juzgasen por ello.

Sus padres, para esa altura, estaban resignados. Sabían que su hijo era invertido y que hiciesen lo que hiciesen, sería inútil.

De todas maneras, el cambio que había habido entre la pareja ayudó a enfrentar la homosexualidad de Andrés mucho mejor.

A pesar de la apertura mental que poseía el joven, las cosas no eran tan sencillas como las deseaba. Sea como sea, Montevideo está en el Cono Sur.

Había situaciones y momentos que le dolían. Tenía casi quince años y los desafíos que estaba retando eran varios. No estaba seguro de querer vivir siempre ahí.

Observaba a sus hermanos y veía que para ellos todo era natural, más fácil. El que le seguía en edad ya estaba de novio hacía casi un año.

A pesar de que sabía de esa diferencia entre su hermano, no quería estar con ninguna chica. A él le gustaban los chicos y quería estar con uno.

Cuando iba a natación se deleitaba con esos cuerpos esculturales que se desnudaban en las duchas para ponerse esos trajes de baño ceñidos.

Andrés creía que solamente uno de los chicos de natación podría ser de su mismo bando y no se animaba a dar el siguiente paso.

Una tarde de noviembre fue a la playa a despejarse. No obstante, eran tantos los chicos que le gustaban de ahí, que no le daba la vista para mirar tanto.

Cerró los ojos y respiró hondo. Era más fuerte, él deseaba ver los tipos casi desnudos que jugaban a la pelota, se bañaban, se frotaban a sus novias...

Joodeer, —se decía cada vez que veía a alguien que le gustaba más que el anterior—, *no puede ser que me gusten tantos... ¿Qué hago?*

Era muy joven todavía, aunque ya era el momento de ir planeando su futuro. Sus padres, dentro de lo que cabía, lo aceptaban casi incondicionalmente.

Y uso el término casi ya que, hasta ahora, nunca presentó un novio a su familia. Imaginó la escena y veía gris, o sea, no sabía si saldría todo bien o todo mal.

Cuando estaba por cumplir quince años casi por accidente descubrió el arte de la masturbación, lo que fue un gran alivio para su cuerpo.

Ahora tenía su propio dormitorio y les había pedido a sus padres que quería tener mayor intimidad, por lo que les convenció para que el mismo tuviese llaves.

No es que pasara todo el día encerrado, aunque había momentos en los que le apetecía estar solo y tener la certeza de que no sería interrumpido por nadie.

A sus padres les dijo la verdad, que a veces le gustaba estar desnudo y no le apetecía ser interrumpido por nadie, sobre todo porque lo hacía en su cuarto.

Sus padres, ante la sorpresa y el temor de que su hijo siendo homosexual se les fuera de la casa quién sabe a dónde, aceptaban casi cualquier cosa.

Una tarde estaba en ropa interior en la cama mirando una película. Le gustaba el protagonista y empezó a tocarse los genitales por encima de los calzoncillos.

Enseguida se dio cuenta de que eso le gustaba y necesitó más. Su pene se puso tieso, lo liberó y empezó a subir y a bajar la piel que cubre el glande.

Eso lo hacía sentir bien y, a medida que aumentaba la velocidad de los movimientos con su mano, se sentía mucho mejor.

De pronto, se dio cuenta de que el placer era soberano, nunca antes había sentido algo así consciente, sí en sus sueños.

Fue así que eyaculó y se vio con la mano atiborrada de esperma. Ése fue el hallazgo de la masturbación, que lo acompañaría años, incluso estando en pareja.

Luego de haber concluido, nuevas preguntas empezaron a azotarlo, aunque no quería preguntarles nada a sus padres ni a sus hermanos.

La solución que encontró, en parte, estaba en la biblioteca, aunque ésta no tenía lo que efectivamente estaba buscando.

Un día que salió del colegio de la Libertad regresó al piso, como siempre, por voluntad propia, caminando, y se detuvo en un quiosco a mirar las revistas.

Sobre todo quería ver si en portada aparecía alguno de los actores argentinos que tanto lo desvelaban. Y para su sorpresa, encontró una nueva revista: Tema Tabú.

Ahí aparecía un torso masculino desnudo y unos titulares que le llamaron la atención. Ahí podrían estar las respuestas que buscaba.

De pronto, los nervios lo atosigaron y estaba ansioso por explorarla, pero quería hacerlo en la tranquilidad de su habitación.

Llegó al piso, le dijo a su madre que tenía que hacer un trabajo para el día siguiente y que no quería ser interrumpido por nadie. Luego se encerró en su cuarto. Cuando al fin pudo abrir su tesoro, suspiró aliviado, mientras que las ansias y los deseos lo hicieron esbozar una sonrisa.

A partir de ese día no se perdió ningún número de esa revista e hizo hasta lo imposible para hacerse con los números atrasados.

Muchas cosas estaba aprendiendo a través de la misma, la cual también trataba sobre la homosexualidad y la adolescencia.

Al atardecer, sobre todo en el verano, le encantaba pasear por la rambla. Muchas veces lo hacía solo y, a veces, también salía con su hermana.

En esos viajes aprovechaba para mirar a cuanto chico podía, sin ser indiscreto aunque, si alguien le correspondía, no se cohibía.

Su hermana ni se enteraba lo que hacía él en realidad. Era pequeña todavía y le gustaba mucho salir con su hermano mayor a pasear.

Siempre que salía Andrés, su hermana quería ir con él, donde el joven nunca se negaba. Sus padres estaban de acuerdo, al menos, nunca manifestaron lo contrario.

A menudo fueron al parque Rodó y alrededores, y Andrés siempre que tenía la oportunidad, miraba a algún chico que le gustase.

A veces se alteraba tanto que no daba crédito de que Montevideo fuera así, sobre todo en la zona en la que vivía; en teoría era uno de los mejores barrios para vivir.

Las mentes eran retrógradas en más de un sentido y, cada vez, tenía más claro que debía desaparecer de esa ciudad que se le estaba convirtiendo en enana.

Sin embargo, sabía que no era la hora para dar ese paso aún. Fuese como fuese sus padres le estaban dando toda la libertad que puede desear un chico de su edad.

Y no le hacían problemas por nada. No era la hora de dar un paso tan trascendental como ese, primero debía estar preparado, o sea, estudiar.

4 – Agustín

Agustín estaba en estado de confusión que lo encubría por el constante malhumor. Él no sabía por qué siempre se sentía extraño y fuera de lugar en cada sitio. Nadie le podía decir nada, absolutamente nada, porque era seguro que contestaría alguna de esas barbaridades que tanto molestaban a su familia.

Había días que tenía tan claro cómo sería su futuro que no había ninguna objeción para hacer. En cambio, a veces, veía todo lo contrario.

Y eso sucedía, generalmente, cuando alguno de sus conocidos se echaba novia. Aún era joven y no le faltaban oportunidades para conocer gente.

Sin embargo, él no estaba seguro de querer estar con una chica, sí de novio, aunque no con una muchacha necesariamente.

A veces se recluía en su cuarto con la excusa de estudiar cuando, en realidad, lo que hacía era desahogarse en el llanto que, poco a poco, se le hacía más fácil.

Otras veces optaba por salir a dar vueltas en su ciclomotor sin rumbo predeterminado. Esto lo hacía muy seguido y no solucionaba nada.

No le gustaba ir a las discotecas, ni a ningún sitio de afluencia de personas donde abundase el público mayormente heterosexual.

Varias veces iba a la Costanera Norte y se ponía alejado a mirar todo el movimiento de gente que había en la zona como si fuese un intruso.

Después de torturarse, se sentaba sobre el suelo durante horas, cerca de las aguas del río Uruguay, mirando la costa de Concordia y soñaba despierto.

Al día siguiente, cuando le preguntasen qué es lo que había hecho la noche anterior, solamente diría que fue a dar una vuelta.

No le gustaba mentir y tampoco podría decir la verdad. Con las primeras luces del nuevo día asomándose en el reflejo del río, emprendía su regreso.

Procuraba hacer los más mínimos ruidos en la casa, aunque su madre tenía un oído tan fino que nada se le pasaba por alto.

Había días que se sentía tan afeminado, con tantas ganas de compañía masculina que necesitaba, por lo menos, mirar a los hombres desnudos.

Se compraba revistas porno heterosexuales, ya que no encontraba las gais y tampoco podría arriesgarse a comprar unas donde sólo hubiese varones sin vestir.

En esas revistas miraba solamente a los hombres. Así se dio cuenta de que el sexo masculino le producía un sentimiento muy intenso, más de lo que hubiese creído.

De a poco empezó a conocer su cuerpo, especialmente sus zonas erógenas. Ahora se masturbaba y, cada vez más, iba puliendo sus técnicas.

La autosatisfacción no le complacía plenamente, aunque le daba para bajar tensiones. A veces soñaba despierto, sobre todo en las tardes de verano.

Se imaginaba casarse, tener hijos y lo infeliz que sería si lo hiciese. Y pensaba que su familia era muy difícil que permitiese otra cosa.

Él quería hacer vida gay y no ser señalado por eso. El hecho de que alguien lo señalase por eso en alguna parte era lo que verdaderamente lo aterraba.

Su madre, más de una vez, lo sorprendió llorando. Ella sabía lo que le pasaba a su hijo, pero no lo podía admitir abiertamente.

Eso debía salir del propio Agustín, quien veía su condición de homosexual como gran tragedia. Según creía no habría solución ni opción en ninguna parte.

Aún debía conocer y explorar otros sitios y eso lo aterraba. Tenía tantas ganas de conocer el mundo como miedo de hacerlo.

Si él hubiese tenido un referente homosexual, todo se le habría hecho más fácil. Así las semanas se convirtieron en meses y éstos en años.

Observaba a su padre y lo veía tan *normal* que lo admiraba. Si hubiese sido heterosexual, no estaría pasando por todo lo que ahora le estaba ocurriendo.

Cada vez era más frecuente que se pregunte cómo sería besar a un hombre. El hecho de pensar en el contacto de su rostro con otro con barba, le aterraba y excitaba.

Muchas veces se preguntaba e imaginaba cómo sería la sensación de estar debajo de hombre que le gustara de verdad.

Estar prisionero, sin posibilidad de huir, sin querer huir y gozar del momento como si fuese acabar el mundo en el siguiente segundo.

Imaginaba cómo sería dormir en los brazos de un varón. Vivía tanto de ilusiones y deseos que se hizo una vida paralela, virtual, y era lo que le hacía en realidad existir. Agustín sabía que eso no estaba bien. Pero era lo único que le daba vida y siguió de esa manera mientras pasaban los años.

Sus ojos eran expresivos, siempre confesaban lo que pensaba, lo que deseaba y eso no le importaba. O al menos, es lo que se decía.

Muchas veces, sobre todo en verano, le encantaba pasearse desnudo en su dormitorio, mientras se miraba en el espejo.

Ahí imaginaba que le sacaban fotografías, que era muy anhelado, que los hombres y las mujeres lo deseaban y se sentía muy atractivo.

Y lo que más le gustaba era estar de vaquero, con el botón desabrochado, descalzo y sin camisa y, caminar por todas partes.

Le erotizaba que le viesen el torso desnudo y, como tenía buen cuerpo, aunque no era consciente real de ello, le daba morbo al asunto.

Una tarde de diciembre se había recostado en el suelo del cuarto, a pesar de que tuviese ventilador y aire acondicionado, le gustaba estar ahí, su madre llegó.

Él estaba cómodamente con las manos debajo de la nuca haciendo de almohada y, como casi siempre, esquivaba la mirada.

Ella se sentó a su lado y no lo miró, y él supo que de algo importante le gustaría hablar. No estaba seguro de querer conversar.

Permanecieron unos minutos en silencio donde, esa quietud era el resultado de un intenso diálogo sin palabras que se estaba produciendo entre ellos.

—¿Querías algo, mami?, —al fin susurró.

Ella sonrió.

—Eso es lo que debería de preguntar yo.

Nadie dijo nada durante los siguientes minutos.

—¿Qué es lo que te pasa, Agus?

Sonrió y cerró los ojos.

—Nada.

—Agus, te conozco de toda la vida...

—Ajá.

—Hay algo en ti que no está bien. Y quiero que sepas que siempre puedes contar conmigo. Yo soy tu madre, sí, y también puedo ser tu amiga.

—Estoy bien. No te preocupes por mí, porque estoy bien.

—Me gustaría que al menos tú te creyeras eso...

Agustín abrió la boca y ningún sonido emitió.

—Tranquilo.

—La verdad es que no sé... ¡Qué más da!

—Agus, pase lo que te pase, hagas lo que hagas, decidas lo que decidas, puedes contar conmigo. Yo siempre voy a estar contigo.

—Lo sé.

—Sé que hay cosas que no son fáciles. Y que algunas cosas son más difíciles de lo que uno se podría imaginar, pero... Pero la vida en sí no es fácil...

—¡Ufff!

—Nunca lo fue para nadie. Eso lo sé muy bien. De hecho, mi vida no ha sido fácil y tú ya sabes por todo lo que he pasado...

Ella lo miró.

—Lo que quiero que sepas es que, si yo, si tu padre y yo podemos hacer algo para simplificarte la vida, para ayudarte, para que estés mejor, quiero que sepas que siempre puedes contar con nosotros.

Él asintió tenue.

—Hemos estado hablando tu padre y yo y sí... Los dos sabemos que nosotros hemos decidido que ustedes estén en este mundo y, como lo hemos decidido, tenemos la responsabilidad de ayudarlos...

Agustín miró firme a su madre.

—De apoyarlos y de protegerlos siempre, a cada instante, pase lo que pase. Pero nosotros no podemos hacer nada si ustedes no quieren ser ayudados.

—Mami, no sé lo que me está pasando...

—¿Por qué?

—Muchas veces siento miedo.

—¿Por qué?

—Le temo a la incertidumbre, al futuro que ya llega, a los cambios que pueden haber en mi vida y me da pánico dar un paso más... La verdad es que no sé.

—Agus, a todo el mundo le pasa algo así... Yo, sin ir más lejos, cuando quedé embarazada por primera vez, no te haces idea de cómo me asusté.

—Ammm.

—Tenía que enfrentar a papá y mamá... Era muy joven todavía y tus abuelos no estaban de acuerdo con tu padre... Aún no me había casado.

—¿Y?

—Fueron momentos duros los que hemos pasado juntos tu padre y yo. Pero la tragedia, en realidad, era yo misma quien la hacía. Y sino, mírame a mí.

Ahora estoy bien, tranquila, ustedes están grandes y todo es parte de la vida. Nada es tan trágico como la muerte, que con ella nada tiene solución.

Él hizo una mueca.

—Todo... Y escúchame bien, Agus, todo el resto tiene solución.

—¿Pero...?

—Nada es tan trágico como lo estás pensando. ¿Me entiendes lo que te quiero decir?

—Quizás, mami. Quizás, —susurró.

—Sé lo que te digo. Todo tiene solución. No temas a las estupideces porque todo tiene solución y eso te lo digo por experiencia propia.

—Ojalá.

—Sí, sé lo que te digo.

Agustín suspiró.

—Tranquilo, nene, que todo tiene solución.

5 – Rafael

Rafael fue muy prematuro en sus acciones y decisiones en el amplio sentido de la expresión. Y la sexualidad no fue una excepción.

Al ser tan consciente de su situación socio-económica y haberse aceptado desde el inicio como gay, vivió desde el principio su homosexualidad naturalmente.

Él se desplazaba siempre, sin excepciones, por toda la ciudad y alrededores, para ir a todas partes, en bicicleta, su único bien mueble.

Eso le dio un gran margen de acción y de libertad. Le dio una gran confianza y fortaleció mucho más su personalidad.

A pesar de todo, con los escasos recursos que disponía, decidía hasta qué hora quedarse o no en cada lugar y hasta dónde podría llegar en un medio de transporte así. Se dio cuenta, efectivamente, de que era gay y de que siempre lo sería, en el año mil novecientos noventa y dos, una tarde calurosa de enero.

En ese momento él tenía doce años y ocurrió un día que fue a las termas con unos primos. Era pequeño y supo que, a partir de ese día, su vida cambiaría.

No se equivocó. Allí, en las termas, a pesar de que lo disimuló, cuando vio a tantos hombres desnudos en los vestuarios, supo lo que desearía para el resto de su vida.

A partir de ese instante, miraba con otros ojos a los tipos, sobre todo a los que oscilaban entre los veinte y treinta años, quizás con unos años más también.

Una tarde de febrero donde el calor se había empeinado con la zona norte del país, se decidió y emprendió marcha hacia las termas en su bicicleta.

Era la primera vez que iba en su medio de transporte personal y quería saber si su físico estaba preparado para pedalear tantos kilómetros a altas temperaturas.

Sus deseos eran tan grandes de ir que, en realidad, el viaje se le hizo breve y supo que, si podía llegar en su

bicicleta ahí, no habría límites para desplazarse de un lado hacia otro de la ciudad.

Estaba ansioso por llegar, aunque no quería demostrar esas ansias a nadie ya que, se suponía, la mayor cantidad de gente que iba era heterosexual.

Al fin llegó a los vestuarios, se desnudó y se sentó sobre el suelo mientras un chorro de agua caliente le caía violento por la espalda.

No había casi gente a las dos de la tarde y más con el calor que hacía, empero, fue perseverante. Él sabía que en cualquier instante vendría alguien.

A la media hora, más o menos, cuando su espalda estaba muy irritada por el golpe de tanta agua caliente, llegó alguien y se puso alerta.

Él, sin que lo vieran, se puso de pie e hizo como que recién se empezaba a duchar. A los pocos segundos apareció un chico desnudo.

Tendría veinte y pocos años y se puso en la ducha de enfrente. Los dos eran conscientes de que eran los únicos en las dependencias.

Rafael no quiso perder tiempo y empezó a observar al tipo mientras se masturbaba. El muchacho fue estoico y se puso de espaldas.

Rafael tenía una erección como pocas veces y en ese instante llegó un hombre de unos cuarenta años con dos niños pequeños.

Rafael se molestó consigo mismo, ya que no sabía cómo ocultarse. Se puso de espalda, mirando la pared y respiró hondo, hasta que logró que bajara bastante.

Luego regresó a sus cosas, se puso el *short*, agarró su mochila y emprendió camino hacia las piscinas. Cuando

iba saliendo, vio que el chico que estaba en la ducha se había sentado en el banco de salida y lo miró.

Había gente, por lo que debía ser discreto. Después de mirarse a los ojos, Rafael se acercó a la puerta de entrada/salida y observó el cartel de precios y horarios.

El chico salió y, mientras lo hizo, le echó una ojeada. El salteño no se quería dar por enterado y, cuando lo vio que se puso a mirar las revistas del quiosco mientras, de vez en cuando, le echaba una mirada, no lo pensó más.

Pasó por su lado sin mirarle y se dirigió con pasos rápidos hacia el lado del río Daymán. Ahí buscó un lugar en la sombra para sentarse.

Por suerte no había nadie en esa parte a esa hora, a pesar de que el río estaba muy bajo y el calor era más que agobiante.

A los pocos minutos apareció el chico y Rafael fue impasible. Era su primera vez y no sabía qué hacer. El tipo se sentó a su lado y persistieron en silencio.

—¿Qué estás buscando?, —preguntó el anónimo.

Rafael lo miró.

—¿Solo por aquí?, —insistió.

—Ajá.

De repente, el chico se le acercó y le empezó a tocar la pierna. Rafael le buscó la mirada y el hombre empezó a tocarse el paquete.

A continuación, se paró y emprendió camino hacia el puente, y de ahí a una especie de cueva. Rafael lo siguió ansioso.

Cuando el uruguayo llegó, el desconocido no perdió tiempo, le mostró sus genitales y le bajó la cabeza para que Rafa se agachase.

Era la primera vez que chupaba una polla y trató de esforzarse. Luego el individuo lo quiso penetrar y lo hizo sin condón.

Rafael sangró y no le importó. A pesar de que se asustó bastante y de que le dolió, quiso que el tipo lo siguiera penetrando.

Eso le gustaba y, en algún momento, debía pasar. Luego de su primera vez, caminaba diferente, o al menos, lo creyó así.

Al andar tanto en bicicleta y ser tan observador en las actitudes de la gente, no tardó en darse cuenta de que la ciudad, de vez en cuando, se inundaba de argentinos. Y eran argentinos pudientes, al menos era lo que decían sus vehículos. El problema era que no les veía las caras, siempre tenían los coches con vidrios tintados.

También había argentinos en las termas, en la zona del puerto, en la Costanera Norte y en todas partes. Sólo debía observar para ver cuál le cuadraba y cuál no.

No tardó en caer uno en la plazoleta de los Recuerdos. Rafael estaba sentado en el muro, al lado de su bicicleta, y descubrió que la mirada de un niño rico lo observaba. El salteño hizo como si no se hubiese enterado. El joven le levantó la lata de cerveza que estaba bebiendo y sonrió. Rafael se hizo el asombrado y se acercó.

—¿Qué tal?, —preguntó el chico.

—En la vuelta. ¿Y tú?

—Aquí, viendo qué aparece...

Rafael sonrió y paseó los ojos por los alrededores.

—Eso depende más de ti...

—¿Estás seguro?, —preguntó el tipo.

—Yo creo que sí.

El chico le alcanzó su lata de cerveza y Rafael bebió.

—¿Siempre compartes la cerveza con todos...?

—No. Sólo lo hago con la persona que me gusta.

—Ammm...

—Y tú me gustas. ¿Quieres que vayamos a un lugar más cómodo?

—Mira que no tengo un sope⁵.

—Vamos a un telo⁶. Pago yo.

—¿Y la bici? ¿Dónde la dejo?

—La ponemos en el maletero.

—Vale.

Fueron al hotel alojamiento Amistad y Algo Más y, una vez allí, cosa de locos, Rafael tenía más miedo que la primera vez.

Se sentaron sobre la cama y ninguno de los dos se atrevía a mirar al otro. Así pasaron unos largos segundos y no hacían ruido ni al respirar.

—¿Cuántos años tienes?

—Trece... ¿y tú?

—¡Soy un corrupto de menores! Veinte... Mi nombre es Diego.

—Yo soy Mauro.

Rafael empezó a quitarse la ropa hasta quedar en calzoncillos. Diego se limitaba a mirarlo. En ese instante pidió una botella de cerveza.

Él también quedó en ropa interior y se pusieron a beber la cerveza. De todas maneras, enseguida que la acabaron, pidió otra.

—¿De dónde eres?

—De Colón.

—¿Y de allá te vienes...? ¡Estás loco!

⁵ Jerga: Peso con las sílabas invertidas.

⁶ Jerga: La palabra hotel con las sílabas invertidas. Motel.

—Aquí nadie me conoce y... Y por ahora, prefiero seguir haciendo esto...

—O sea, ¿tu familia no sabe nada?

—Creo que no. ¿Y la tuya?

—Creo que lo saben. Nunca lo he hablado, pero creo que lo saben. Con mi vida hago lo que quiero.

El argentino quedó pensando.

—¿Activo o pasivo?

—¿Qué crees?

—Bueno, emmm...

Diego sonrió y dirigió una mirada al paquete de Rafael. El uruguayo suspiró y se quitó la ropa interior mientras empezaba a masturbarse.

—¡Ufff!, —exclamó Diego.

El argentino no tardó en empezar a chuparle la polla y, para Rafael, era una nueva experiencia, la cual le agradaba mucho.

Era la primera vez que le practicaban sexo oral. De todas maneras, Rafael quiso *devolverle* el placer y Diego no se hizo de rogar.

A esa altura, aún no controlaba la eyaculación por lo que, en un momento, para no acabar, se la sacó de la boca y se puso a respirar hondo.

Cuando reanudaron el acto, Diego se sentó sobre su verga. Era la primera vez que penetraba a alguien y le gustó más de lo que hubiese querido.

—¡Oh, Mauro! ¡¡¡Jooodeeer!!! ¡Qué pedazo que tienes! ¡Ufff!

—¿Te gusta?

—¿Tú qué crees?

—No sé. Dímelo tú.

—Joder contigo. ¿O no me estás viendo?

1 – Ignacio

El nuevo milenio trajo varios desafíos para Ignacio. Fue así que hubo cambios muy importantes en su vida que creyó que le solucionarían sus dudas.

Ahora tenía novia a la que decía amar con toda su alma. También se había hecho practicante de la religión católica y todos los domingos iba a misa.

Además, se confesaba una vez al mes y llevaba una vida sosegada y ordenada, ahora sin pecados, según sus propias palabras.

Decía que ahora se sentía pleno, feliz y hacía planes con su enamorada para formar su propia familia. Su novia lo amaba de verdad.

La familia Schultz-Parker, al principio, no la aceptó, ya que sus orígenes humildes hacían que no encajase en esa familia tan adinerada.

De todas maneras, la sencillez que tenía, honradez que acreditaba y humildad ante todo el mundo hizo que la vieran de forma diferente.

Sin embargo, debió pagar un precio alto para hacerse con el verdadero lugar que le incumbía al ser la pareja de Ignacio.

De a poco la fueron aceptando y los padres, luego de tantas sesiones de psicólogo con él, vieron que ella sería quien le sacara dudas y quien le hiciese sentar cabeza.

Hacía tres años que se conocían y, por mutuo acuerdo, recién al año empezaron a mantener relaciones sexuales lo que aumentó las dudas en él.

Ambos eran vírgenes al momento del primer encuentro íntimo. La inexperiencia recíproca hizo que la relación fuera de confianza y mutuo respeto.

Ignacio, pasado un par de meses, le insistió a su chica para practicar el sexo anal. La negativa de Macarena hacía que fuese más persistente aun.

Ella siempre se negó, pues decía que era sucio, que no estaba bien y que, sobre todo, le dolería. Tenía miedo ante esa posibilidad.

Una noche, donde hacía un frío excesivo, pero ni se enteraban en la mansión, luego de beber vodka con naranja y limón, ella cedió e Ignacio pudo penetrarla.

Para él fue una experiencia especial. Sabía que sería buena; nunca pensó que realmente sería tan buena, tan gratificante como había sido.

Para él no se comparaba en lo más mínimo que cuando tenían sexo vaginal. Él cerró los ojos y empezó a acariciar su espalda como una obra de arte.

Una vez que había eyaculado se sentía tan pleno y feliz, que quería transmitirle a ella lo bien que había sido la experiencia, y no sabía cómo hacerlo.

A Macarena le había dolido aunque él había sido cuidadoso. Durmieron desnudos en su habitación con la calefacción encendida.

Nacho despertó a eso de las once de la mañana y se sentía tan bien y relajado como si estuviese en un estado de permanente nirvana.

Él miraba a su chica como si estuviese extasiado y no sabía cómo agradecerle por haberle permitido que la penetrara por ese lado.

Era tan guapa y especial, que creía haber encontrado el gran amor de su vida. A la joven le pasaba igual. Fue por eso que hizo más de un sacrificio por él.

Nacho quedó observándola como media hora hasta que se despertó y lo sorprendió mirándola. Ella le sonrió y le acarició el pelo.

—¿Qué te pasa?

—Nada, —musitó él—. Creo... Creo que me he enamorado y... Y me gustaría pasar el resto de mi vida junto a ti. ¿Qué te parece?

Ante estas palabras terminó de despertar.

—No te entiendo, Nacho. ¿Qué quieres decir?

—Macu, ¿quieres casarte conmigo?

Ella se sentó en la cama sorprendida, sin saber qué hacer. De igual forma él no le apartaba la mirada a la espera de una respuesta.

—¿Qué me dices, Macu?

—¿No crees que seamos un poco jóvenes como para pensar en el matrimonio? ¿No te parece que primero deberíamos de terminar la facu?

—Macu, yo te quiero y... Y vamos a seguir estudiando los dos. No nos va a faltar nada. De eso puedes estar tranquila y segura.

—¿Pero Nacho...?

—Sólo quiero que seas mí mujer ante Dios y ante la ley. De momento no vamos a tener hijos. A ellos sí los vamos a dejar para más adelante.

Nacho le dio un beso en los labios.

—Nada de esto fue planificado. Sólo le estoy obedeciendo a mi corazón. Y me gustaría pasar el resto de mi vida a tu lado. ¿Qué te parece, Macu?

—Nacho, yo te quiero... Yo te amo. Y por ti iría hasta el fin del mundo y... Yo, con tal de hacerte feliz, hago lo que sea.

—Di que sí.

—Hago lo que sea... Y si crees que ya es el momento de formalizar nuestra relación... vamos a hacerlo.

Él no dudó en abrazarla tan fuerte como pudo. Ella estaba consternada y él no quiso ver nada de eso.

—¡Vamos a ser muy felices! Seremos el matrimonio más feliz del mundo, lo prometo, —susurró.

—Lo sé, Nacho.

—Claro que sí.

—De todas maneras, tengo que decirte que tengo miedo... Es un paso muy importante el que vamos a dar. Lo sabes, ¿no?

—Sí, Macu. Pero tú apareciste y me sacaste todos los problemas y dudas que yo tenía. Y eso sí que no tiene precio.

—Oh.

—Hasta que llegaste, mi vida era un caos y lo sabes bien. Sólo psicólogos y más psicólogos sin darme ninguna solución. Sólo me estaban sacando la pasta.

—Nacho...

—En cambio, desde que empecé a salir contigo mi vida cambió. Ahora sí le encuentro un motivo a la vida. Ahora sí tengo un motivo para vivir... Y ese motivo eres tú, Macu.

—Oh, Nacho...

—Te quiero mucho, Macu. Te amo.

Ambos volvieron a acostarse sobre las sábanas claras y se pusieron a mirar el techo. Él tenía una expresión de felicidad y ella seguía en estado de conmoción.

Los dos estaban totalmente desnudos. Él cerró los ojos un instante y recordó cuando la noche anterior penetró a su novia por detrás.

De inmediato se le cruzó la imagen de un rostro masculino, con una barba de más de dos días y abrió de inmediato los ojos.

Volvió a mirar a Macarena y sonrió. Luego se levantó, se puso un pantalón y abrió la persiana donde tenía todo el Atlántico en esa visual.

Ella también se levantó, se puso una camiseta de él y empezó a contemplar el océano junto a su novio mientras lo abrazaba desde atrás.

—Yo pensé que nunca me iba a casar en mi vida. He sufrido tanto y tanto hasta que apareciste tú que no te haces idea... Hoy...

Él quedó pensativo varios segundos.

—Ahora me doy cuenta de que cada cosa pasa por algo. Tú eres la persona que llena mi vacío, Macu. Haremos un crucero de luna de miel. ¿Qué te parece?

—Nacho. Yo no tengo nada para darte.

—¿Estás segura? ¿Y tú crees que no vales nada?

Ella contuvo el aliento.

—Yo te amo a ti como persona. No por lo que tienes. Y antes de casarnos quiero hacer la separación de bienes.

—No, no y no.

—No quiero que la gente piense que me caso por tu pasta ni, mucho menos, que lo haga tu familia. No lo soportaría.

Él no dudó en buscarle la vista.

—Macu, por favor. Escúchame bien. Yo nunca lo insinué... No. Nada de eso... Nada que ver. Sé que tú no te quieres aprovechar de la fortuna de mi familia.

—¿Entonces?

—Yo quiero casarme contigo asumiendo todo el riesgo que ello implica. No me importa lo que vaya a pasar en el futuro.

Yo sé que siempre vamos a ser felices. Muy felices. No hay nada para temer. Nada. Y a mí no me da la gana hacer la capitulación de bienes.

—Nacho, por favor.

—Tú vas a ser la madre de mis hijos porque tú eres la mujer que yo elegí para pasar el resto de mi vida y eso quiero que te quede claro.

—Nacho, ponte en mi lugar. Yo no tengo ni dónde caerme muerta. Ya sabes de qué barrio vengo y, de hecho, conoces mi casa.

—Macu, calma.

—Quiero que me entiendas, por favor.

—Tú tienes algo que no se puede pagar ni con todo el oro del mundo. Tú tienes un corazón auténtico que no teme entregarse para amar y yo, gracias a ti, vuelvo a tener vida propia.

—Ay, Nacho.

Ignacio suspiró y le volvió a buscar la vista a su chica.

—A mí me gustaría que la boda fuese en verano. ¿Qué te parece?

Ella quedó pensativa.

—Son muchas cosas que habría que organizar.

—De eso no te preocupes. Tú ocúpate de elegir el vestido... Pero hazlo con mamá o con la tuya y después lo compramos.

Macarena dominó el respiro.

—Lo que estoy pensando es en el viaje de la luna de miel. Sí, tiene que ser inolvidable. ¿Qué lugar te hace más ilusión conocer?

El joven cerró los ojos.

—¿Cómo crees que se lo va a tomar tu madre?

—¡A mamá le va a encantar! ¡Te lo aseguro!

Hizo una pausa y agregó en un murmullo.

—Ella siempre ha querido que me case...

Ella frunció el ceño.

—Yo no estoy tan segura de que vaya a pasar eso.

—Quédate tranquila porque mamá va a estar encantada ante la noticia.

—Si tú lo dices...

—Sí, no te preocupes porque será así.

—Oh, Dios.

—De verdad, a mamá le encantará la noticia.

—No sé. Yo no estoy segura.

2 – Alan

Alan había perdido la virginidad hacía dos años con una puta de la Ciudad Vieja y no guardaba un buen recuerdo de ese encuentro.

Él, enseguida que salió del INAME, decidió explotar su sexualidad. Primero acudió a esa chica y luego, leyendo los clasificados de Mundo Ignorante, llamó a un hombre. Como la mujer lo había dejado más confuso de lo que ya estaba, también recurrió a un varón. Con él se sintió bastante extraño.

Ese era el término adecuado para definir ese encuentro. Si bien el chico fue complaciente, era el propio Alan que, de repente, se había bloqueado.

Era temor y fascinación a la vez el hecho de que un tipo tan apuesto como el que había recurrido, lo tocara, lo acariciara y le sonriera estando desnudos.

Y se avergonzaba de sí mismo de que tuviera que pagar. Finalmente, alejó sus miedos y se entregó a disfrutar ese momento que tanta pasta le estaba costando. Al fin y al cabo era su vida, su placer y a nadie hacía daño.

Después que estuvo con el tipo pasó a masturbarse a diario. Esa práctica se le había convertido casi en una obsesión. Siempre que tenía la oportunidad, lo hacía.

En realidad, como era consciente de su real situación económica, había ahorrado en el tiempo que estuvo de interno en el asilo, y ahora lo seguía haciendo.

Los caprichos que se dio con la mujer y el hombre justificaban tantos años de esfuerzo. Aunque una parte de sus reservas se llevaron.

Ahora vivía en una pensión de la calle Paysandú y Minas y, como no tenía a nadie en la vida, ni amigos, decidió ahorrar para cambiar su hogar de forma definitiva.

Él supo desde siempre que si se quedaba en Montevideo nunca obtendría nada. Y ese no era el objetivo. Tenía muchos sueños y los quería cumplir.

También, casi sin querer, se estaba haciendo adepto a las bebidas alcohólicas, sobre todo las blancas que tenían un importante grado de alcohol.

Ellas eran un alivio en sus eternas noches de soledad, cuando la misma aparecía con todo su peso y recordaba lo solo que estaba en este mundo.

Al menos un vaso de vodka, ron, *whisky* o tequila bebía cada noche. No era económico, aunque era lo único que lo calmaba y amortiguaba tanto pesar.

La vida era injusta y Dios sólo se ocupaba de los ricos, no de los marginados como él, que hasta que tuvo casi siete años, no tenía nada, ni siquiera nombre.

Alan trabajaba de carpintero en la zona del puerto porque no quiso estudiar en la universidad, a pesar de que había aprobado el bachiller con buenas notas.

Él trabajaba de lunes a sábados y se desocupaba a las cinco de la tarde, pues hacía horario seguido y eso le brindaba más horas libres.

Él, para matar el tiempo, iba a la rambla a caminar. Allí miraba a todo el mundo, aunque, en realidad, sin ver nada en concreto.

Era consciente que necesitaba la compañía de alguien, sin embargo, era difícil entablar una amistad seria en la capital uruguaya, mucho más una relación. O eso creía.

No salía a la noche ya que en ningún lugar se sentía cómodo. A medida que pasaba el tiempo, le encontraba más defectos a la ciudad y al país en conjunto.

Cuando en el noventa y nueve volvió a ganar el partido Colorado puso fecha real para su partida, ya que con ellos, estaba seguro, el país iba a ir de mal en peor.

No se equivocó. Cambió sus ahorros y éstos sumaban nada más que dos mil quinientos dólares. ¡Solamente dos mil quinientos dólares!

Eran los ahorros de toda su vida. No tenía idea de cómo sería vivir en el extranjero y ya estaba cansado de trabajar y nunca tener nada.

Que los ahorros de más de doce años sólo sumen eso era vergonzoso. Y lo que más le molestaba, era que no tenía ningún amigo, ni nadie en quien confiar.

Los chicos del INAME, cada uno había seguido su rumbo y la mayoría tenía algún familiar que lo iba a ver durante el tiempo de internamiento.

Y lo más importante de todo, era que a ellos no quería seguir viéndolos, pues le recordaban los años que pasó en el confinamiento.

Asimismo, todos poseían un historial pesado a pesar de la poca edad que tenían y Alan realmente quería empezar una nueva vida, incluso ignorando el pasado.

En la pensión, la mayoría de los caseros eran del interior y había que tener cuidado con los artículos personales, a la primera que se descuidara, faltaban cosas.

Alan odiaba la Navidad, el Año Nuevo y todo tipo de fiestas. Como no tenía a nadie con quien compartir esos días, le gustaba ir a la Rambla y beber cervezas sentado a la mesa de un carrito de comidas.

Así recibía las fiestas de fin de año. Hacía tiempo hasta pasada la una de la madrugada y luego regresaba a la pensión. Y esa rutina le estaba matando.

En enero empezó a recorrer los consulados para obtener la mayor cantidad de información de los posibles destinos en los que le apetecería vivir.

No entendía nada de economía ni de política. Lo único que tenía claro era que, con los Colorados en el poder, no iban a estar bien.

Estuvo tentado para ir a los Estados Unidos, ya que no necesitaba visado para entrar ahí. No obstante, no hablar el mismo idioma también fue una traba para él.

Empero, había que tener en cuenta que, en las películas que había visto procedentes de allí, sabía que ahí sí se podría cumplir su sueño.

También lo sedujo Italia, sin embargo, irónicamente, a medida que fue obteniendo más información de su posible destino, se hizo más exigente.

Miró la cultura de cada país, la calidad de vida, la convertibilidad de la moneda respecto al dólar, la religión, la idiosincrasia, el clima...

De esa manera fue descartando países. En primer lugar desechó a América Latina y todos los países del Tercer Mundo ya que deseaba un cambio brusco.

Al fin compró un pasaje ida y vuelta tal cual lo exigían, para Madrid. Tenía fecha para el veintidós de abril del año dos mil.

Tenía miedo de subirse al avión. No obstante, sabía que ese sería el primer paso trascendental que cambiaría su vida para siempre.

Nunca pensó irse hasta que ganó de nuevo ese partido político y dejar su tierra, aunque estaba seguro que Montevideo no era el sitio en el que quería quedarse

Ahora estaba en el aeropuerto de Carrasco sin que nadie lo fuese a despedir, sin que nadie supiese a dónde ni por qué se iba. Cada vez que recordaba su sitio en el mundo, se veía más minimizado de lo que era en realidad.

Deseaba que en España las cosas le fuesen mejor. Y aunque le fuesen mal, ya estaría él mismo para consolarse o torturarse. Su vida siempre ha sido así.

Leyó mucho del país y diversas cosas le intrigaban. Sobre todo la variedad de climas, los contrastes en las ciudades, el tipo de gente, los paisajes...

También lo maravillaba la cultura de bares, al igual que las aspiraciones del típico ciudadano español. Era todo nuevo para él y Alan quería ser parte de España.

En una de las revistas que consiguió del consulado se hablaba de la cultura gay que hay en este territorio. Eran cosas que quería conocer y no sabía cómo empezar.

De todas maneras, era consciente de que no tenía casi pasta, pues había gastado casi mil dólares solamente en los pasajes.

Y cuando llegara debía empezar a manejarse en otra moneda de la que hacía sólo unos días se había enterado de su existencia.

Era joven y estaba dispuesto a experimentar. Una vez que el avión emprendió vuelo, cerró los ojos y empezó a respirar profundamente, una y otra vez.

Este es el inicio de un nuevo principio, —se dijo—. Así como antes tenía nada, literalmente nada, ahora, en mi nuevo país, el que realmente elegí para vivir, seré alguien importante.

Sabía que las cosas le irían mejor que en su país. Peor de lo que le fue en su tierra natal no le podría ir, hasta que conoció a doña Clotilde era un cero a la izquierda.

Alan no existía ni como persona en términos legales y ese era un golpe bajo que lo acompañaría siempre y, a su vez, le daría estímulos para que no se rindiera nunca.

Cuando estuvo asentado en la Madre Patria, se dio cuenta de lo acertado de su decisión, fue como si hubiese vislumbrado el futuro.

A partir de su partida de las tierras uruguayas, empezó a materializarse la mayor crisis social, política y económica que sufrió su tierra a lo largo de su historia.

Era consciente que, aunque creyese que Dios sólo ayudaba a los ricos, a él lo había auxiliado algún ángel por lo acertado de su decisión.

3 – Andrés

Andrés había asumido su sexualidad de manera natural. Él, desde que supo que es así, no hizo nada para ocultarlo ni impedirlo.

Si bien estuvo al corriente de ello, ahora que se estaba haciendo adulto, las decisiones que tomara lo iban a marcar y, en cuanto a su sexualidad, estampó una línea.

El hecho de que leyese acerca del tema lo ayudó bastante. Y todo lo que le pasó fue parte del proceso que su mundo inmediato debía asimilarlo.

Si bien hablaba con su gente acerca del tema, ellos nunca terminaban de creérselo y guardaban la vaga ilusión de que el chico fuese heterosexual o bisexual.

Se lo contó a su madre cuando tenía diecisiete años y enseguida a su padre, quienes le preguntaron si estaba seguro y si quería vivir en una ciudad como Montevideo.

—¡Soy gay, marica, no un extraterrestre!, —dijo.

—Es verdad, —dijo ella—. Calma. Nada cambiará.

—Gracias.

Los padres no tardaron en comprenderlo. Luego habló con sus hermanos por separado y todos, finalmente, acabaron aceptándolo.

Ahora nadie dudaba de que fuera gay. Él no tenía pluma, a menos que la quisiera tener, y no se cortaba a la hora de decir que fulano o mengano le gustaba.

Era su vida y se acabó. Al fin y al cabo, siempre se había expresado libremente, o sea, nada cambió en ese sentido.

Con su hermana, con la que siempre se había llevado bien, ahora hablaba mucho de hombres. Ella era menor y se hicieron amigos.

Se complementaban con esmero. Ella se enteraba lo que le gustaba a un hombre y le decía a su hermano qué estrategias funcionan con los chicos.

Su hermano, al que Andrés le llevaba dos años, tiempo después le confesó que le había visto besarse con un novio en la rambla una tarde de invierno.

Y esa imagen lo oprimió durante meses. Luego fue advirtiéndole que era eso lo que hacía feliz a Andrés, aunque temía por lo que se decía de los homosexuales.

Al principio Andrés no llevaba a nadie a la casa a quien pretendía como novio, solamente a amigos. Sus hermanos sí lo hacían.

Sus padres nunca hicieron problemas y la madre se dio cuenta de que las personas que llevaba él no eran más que amigos. Fue así que un día lo encaró en el salón.

—Andy, quiero hablar contigo.

Andrés le buscó la mirada.

—¿Sí?

—Sí, siéntate ahí.

Lo dijo mientras señalaba el sofá grande. Él se sentó y ella a su lado. Su madre, a pesar de todo, estaba nerviosa y se frotaba las manos.

Por más que le doliera, seguía siendo una mujer tradicional y hacía esfuerzos sobrehumanos para parecer natural en todo momento.

Después, a paso de tortuga, fue viendo la sexualidad de su hijo como un proceso natural y no como una enfermedad ni, mucho menos, como una dificultad.

—Andy... ¡Uf!

—¿Qué pasa?

—Andy, todos en casa sabemos que a ti te gustan los chicos, ¿no?

—Ajá.

—Pues... Bueno, para mí, para tu padre y para mí todos ustedes son iguales y eso quiero que te quede muy claro.

—No entiendo qué me quieres decir.

—Andy, quiero que sepas que tú no eres menos que nadie. Todos ustedes son nuestros hijos y no quiero que te sientas inferior.

—Sigo sin entenderte...

—Si tus hermanos, y tu hermana, traen sus parejas aquí, no entendemos por qué no lo haces tú. ¿Ahora me entiendes lo que te quiero decir?

—Mamá, te agradezco por la intención... Pero, a pesar de todo, creo que me daría corte...

—Andy, es tu vida.

—Sí, ¿pero...?

—Si ya tuviste los huevos para decirnos que a ti te gustan los hombres, ¿por qué no vas a tener ahora los huevos para presentarnos a tu pareja también?

El joven la miró sorprendido.

—Quiero que sepas que si no traes a tu novio aquí es porque no quieres tú, no por nosotros. Estás a punto de cumplir los veinte y nunca has traído a nadie.

—Ajá.

—Andy, si tus hermanos lo hacen, quiero que tú también lo hagas. ¿Te queda claro? ¿Vas, al menos, a planteártelo?

No creía lo que estaba pasando. Sabía que sus padres eran bastante liberales y ya no discutían por tonterías, sin embargo, nunca se hubiese esperado algo así.

A los pocos minutos la madre le pasó la mano por la espalda y lo aferró contra sí, donde el joven no se negó y dejó que huyese el tiempo.

Esa noche durmió mejor que nunca. Ahora sí estaba seguro que, al menos ante las personas más importantes de su vida, era aceptado. Y eso era un gran paso ganado. Andrés hacía un año había conocido un chico de Florida con el que se veía en los telos. En realidad, era una relación que existía sólo dentro de cuatro paredes.

Había luchado mucho para conquistarlo, ya que, Sebastián, al ser del interior y con una escasa apertura mental, tenía muchísimos miedos y complejos.

El montevideano, poco a poco, le fue abriendo los ojos y así, el chico se fue aceptando. Sin embargo, su novio estaba a años luz de confesarle a su familia que era gay. Con Sebastián se sentía bien y estaba seguro de que no estaban enamorados. Les había unido las soledades y el placer de apreciar una relación con otro hombre.

Andrés, después de haber hablado con su madre, le contó la conversación a su novio, quien se negó rotundamente a ir a su casa.

Él ya sabía la respuesta que le daría de antemano, de todas maneras, lo quiso intentar. Tal vez guardaba una ligera esperanza, pero sabía que todo sería en vano.

Cuando miraba los ojos de su novio, llenos de miedos e incertidumbres, de tan baja autoestima y con tantos complejos, veía muchas cosas.

En ellos podía ver los chicos que no se atrevían a salir del armario o, lo que era peor, los que llevaban una vida heterosexual, incluso teniendo hijos, reprimiendo hasta la muerte sus deseos homosexuales.

Eso le daba pena y, sobre todo, nulidad. El mundo era así y Andrés no se creía capaz de cambiar las reglas. No obstante, tampoco estaba dispuesto vivir en la falsedad. A Sebastián lo conoció en la facultad y, lo que lo atrajo, fue su deseo permanente de querer estar solo. Desde el principio supo que eran muy distintos uno del otro.

Se sintió intrigado ante esa actitud y, en la primera vez que hablaron, le dijo que era gay. Sebastián sólo se limitaba a escuchar y no decía nada de su vida privada.

De una manera u otra, Andrés se ingeniaba para sacarle alguna palabra. Le hacía ilusión ir a su casa acompañado por su novio, aunque tampoco podría forzarlo.

Luego de la charla con su madre se planteó otras cosas. Tenía casi veinte años y quería su propio lugar, a pesar de que sus padres no le hacían problemas en nada.

Él, aunque no estaba convencido de lo que quería ser, estudiaba enfermería y aún le faltaba tres años para acabar la carrera.

Era consciente que, cuando ejerciese, ganaría poco para todo lo que haría, a pesar de las horas de estudio que estaba invirtiendo. Sin embargo, es lo que le gustaba.

El veintiséis de enero del dos mil Andrés cumplió los veinte años. Reunió en su casa a los más íntimos amigos que se quedaron hasta pasadas las cuatro de la mañana. Sebastián no le acompañó. Era un golpe bajo, ahora se planteó otras cosas y no estaba seguro de si quería que alguien como el floridense continuase a su lado.

El último de los invitados se fue del piso a las cuatro y media de la madrugada. Su padre hacía una media hora que se había ido a acostar.

A esa altura todos estaban alcoholizados, algunos más que otros, el calor no daba tregua y no querían encender el aire acondicionado.

—Necesito un cambio para mi vida, —dijo Andrés al irse el último invitado.

Sus hermanos y su madre lo miraron.

—¿Qué quieres decir con eso, Andy?, —preguntó su madre.

—Quiero mudarme... No es que no esté bien aquí, pero... creo que ya necesito un cambio así para mi vida.

—Andy, ya estuvimos hablando... Si es por...

—No, no, no. No es eso, mami.

—¿Entonces?

—Esto, en realidad, hace pocos días que se me ocurrió. He pensado y no creo que Montevideo me pueda ofrecer lo que necesito como ciudad.

—Joder, —masculló su hermana.

Sus palabras calaron hondo en cada uno.

—Creo que me gustaría cambiar de ciudad y... Y también de país. No lo tengo decidido, pero es una posibilidad.

—¿A dónde quieres irte, Andy?, —preguntó uno de sus hermanos.

—La verdad es que no sé. Pero aquí, en esta ciudad, no me siento bien haciendo algunas cosas por mi orientación sexual y no quiero ser un bicho raro.

—Lo sé, —murmuró la madre.

Las miradas se cruzaron unas a otras, pues sabían que ese día llegaría y no habría forma de hacerlo cambiar de opinión, sobre todo, porque tenía razón.

—Andy, —dijo su hermana—, ¿es una posibilidad o la decisión ya está tomada?

4 – Agustín

Agustín prefirió ir a estudiar Derecho a la capital del país, a pesar de que la carrera también estaba instaurada en Salto.

Pero él necesitaba un cambio general en su vida y encontró la excusa perfecta para cambiar de espacio físico a través de sus estudios.

En Montevideo encontró gran parte de lo que fue buscando y, sobre todo, intimidad. También se encontró consigo mismo.

Sus padres le habían alquilado un estudio en la esquina de las calles Mercedes y Yaguarón y, por primera vez en la vida, encontró la privacidad que tanto deseaba.

Fue duro al principio, sin embargo, era necesario que tomase esa distancia respecto a todo lo que lo había acompañado desde su nacimiento.

Estaba estudiando Derecho y, a decir verdad, ni él sabía por qué. A sus padres les hacía ilusión que su hijo estudiase, aunque nunca lo condicionaron con nada.

Él, por un motivo u otro, seguía siendo esquivo para la vida nocturna, a pesar de que había ido un par de veces a alguna discoteca.

Las discotecas de Montevideo eran diferentes y, casi por casualidad, se enteró de que había dos locales de ambiente homosexual, pero tampoco quería exponerse.

No por el temor a que alguien lo viese o se enterase de sus preferencias sexuales, sino porque prefería mantener un perfil bajo respecto a su vida privada.

En julio del noventa y nueve se planteó si en realidad quería ser abogado, con lo mancillados que estaban, a pesar de que era una carrera casi eterna.

Estuvo varios días reflexionando sobre eso hasta que llegó a la conclusión que se había equivocado de elección y se sintió mal por eso.

Le daba bronca reconocer su error, ya que sus padres habían hecho mucho esfuerzo para que él estudiase en la capital. No importaba eso ahora.

Entonces, en ese momento, también decidió que empezaría a trabajar, ya que no le hacía gracia volver a su Salto natal.

Primero conseguiría trabajo y vería cómo organizar sus gastos. No le gustaba seguir siendo un mantenido y no quería que sus padres se agobiasen por su culpa.

En agosto encontró trabajo en un supermercado. No era bien pagado, aunque, como estaba en el centro, le servía, ya que no pagaba el transporte.

Pensaba mudarse en septiembre a una pensión de la zona. En cuanto consiguió trabajo, llamó por teléfono a su casa y comunicó la noticia a su familia.

Sus padres tristes le dijeron que era mejor que hubiese dejado la carrera al inicio, que más adelante. Por un lado agradecían que se haya dado cuenta desde ya.

También les anunció que quedaría viviendo en el sur, al menos por un tiempo, ya que no tenía claro lo que quería en su futuro.

En la primavera, efectivamente, se mudó a una pensión y se encontró con un mundo que le era absolutamente desconocido.

Era duro, no obstante, debía hacer frente a su vida como un auténtico hombre. Había gran diferencia con lo que estaba acostumbrado, aunque sabía que era pasajero.

Ahí conoció a gente de varias partes del país y cada uno andaba en su mundo, era preferible no profundizar amistad con nadie.

A pesar de que vivía en la capital uruguaya desde principios de marzo, no se había hecho de ningún amigo. Ahora quería conocer a alguien a nivel sentimental.

No era virgen, pero había tenido pocas relaciones sexuales. Quiso probar sexualmente con una amiga que le hizo el *favor* y ya había estado con dos chicos en Salto. Uno argentino y otro montevideano donde, con los que estuvo, como en la zona norte uruguaya nadie los conocía, se animaban a salir con hombres.

En la pensión había jóvenes que le gustaban, pero no le inspiraban confianza como ser amigos ni, mucho menos, algo más. Tampoco estaba seguro dar un paso más.

Las Navidades no tardaron en llegar y con ella el calor del verano, y fue a pasar las fiestas con su familia al litoral uruguayo.

En su casa hicieron lo mismo de siempre, aunque su mente no estaba ahí, ni en la pensión. En realidad, ni él sabía dónde estaba. Se sentía ido y no sabía por qué.

No obstante, era otro año que se iba. Su familia hacía tiempo que sabía que a él le atraían los hombres, o sea, no era la razón de su aislamiento.

Luego del brindis sus hermanos se fueron a la costa y, aunque lo invitaron, no aceptó. Se quedó con sus padres sentado en el patio.

A la medianoche había una agradable brisa que menguaba bastante el calor sofocante que hacía desde hacía varias semanas.

Allí, solamente ellos tres, mientras bebían tranquilamente cerveza, pasaron las horas sin que se diesen cuenta.

Desde que llegó a la ciudad el veintitrés de diciembre a la noche, no había tenido espacio para tener intimidad con sus padres.

Ahora, en la calma de la madrugada, veía las cosas diferentes. Al principio charlaron solamente de trivialidades y obviedades.

—No sé, —dijo de repente Agustín—, yo sabía que necesitaba un cambio y... Pero me di cuenta de... que Montevideo no es lo que yo estaba buscando.

—¿Y eso?, —le preguntó su padre.

—Bueno, a pesar de que hay más gente y todo eso tal cual quería, no es lo que estaba buscando. Sólo hay dos discotecas de ambiente...

—Ammm...

—En realidad, hay alguna otra... No... No es lo que yo busco. Además, no hay ningún *pub* decente donde me pueda sentir cómodo.

—Agus, ¿lo que estás diciendo es que te vas del país?, —preguntó la madre.

Le buscó la mirada en la penumbra de la noche y ella le correspondió. Él, ligeramente, empezó a asentir y ella bajó la vista.

—Joder, —masculló ella.

—Mami, hace un par de meses que estoy currando y... Y ya me di cuenta de que, por más que uno se rompa el traste ahí, no se puede conseguir nada.

—Lo sé, —dijo en voz baja.

Ella tragó saliva.

—Soy joven todavía y tengo la vida por delante. Ya sé que ustedes han luchado mucho para lograr lo que tienen, pero yo no estoy dispuesto a ser tan constante...

—Tranquilo, Agus, —le dijo su padre—. No tienes por qué justificarte.

El joven suspiró.

—Y ahora, que ganaron los Colorados, no veo ninguna salida para la que se viene... Creo que lo mejor es que me vaya...

Por varios segundos quedaron reflexivos.

—Y, ¿dónde tienes pensado irte?, —dijo el padre.

—Eeeemmmm. He pensado mucho y quiero un país donde haya libertad sexual... Sobre todo que exista libertad sexual, sí.

—Te entiendo, —susurró su progenitor.

—Bueno, ustedes me entienden, ¿no? Creo que, si puedo, me voy a ir a Holanda. Pienso que no está mal ese país para vivir.

—¿Necesitas visado para ir ahí?, —preguntó la madre.

—Cuando vuelva a Montevideo, averiguaré. Si tengo la posibilidad de irme ahí, me voy. O sino, ya veré. Destinos hay varios. O sea, tampoco me preocupa.

—¿Estás seguro del cambio que quieres hacer? Mira que el otro lado del Atlántico no tiene nada que ver con la distancia del Río Negro.

—Papá, si no lo hago ahora, me arrepentiré. Y prefiero dar un paso tan importante ahora, que tengo casi veinte años, a hacerlo con cuarenta.

—Tienes razón.

El padre asintió y acabó la cerveza. La madre fue a buscar otra botella y Agustín al baño. La madre lo esperó en el pasillo y él descubrió que tenía los ojos calados.

—Mami, por favor. No me hagas esto.

—Agus, no me pidas que no haga nada.

—¿Entonces?

—Yo... Yo no te voy a poner ninguna traba como nunca lo hice. Pero no me pidas que no me desahogue...

—Mami, el hecho de que me vaya no significa que nunca más me vayas a ver.

—Lo sé, nene. Lo sé.

—Yo creo que es lo mejor, mami.

—Y tienes razón al pensar así.

—Pero no quiero verte mal.

—No te preocupes por mí, nene.

—¿Por qué?

—Porque es ley de vida que los hijos se vayan.

Él la abrazó tan fuerte como pudo y ella le correspondió. Regresaron al patio y el padre sólo se limitó a mirarlos, las palabras estaban de más.

—Lo siento. Pero debo pensar en mi vida y creo que lo mejor para mi futuro está en otro país.

—No te disculpes, —le dijo su padre—. Los hijos no son hijos de los padres, sino de la vida. Es ley de vida que, cuando tienen alas, inicien el vuelo.

El joven asintió manso.

—No importa que sea enfrente de la casa de toda la vida o irse del otro lado del océano, pero vuelan. No te preocupes, Agus. Está bien.

—Oh, papá.

—Está bien que pienses en un futuro mejor para ti. Me alegra de que seas valiente y te animes hacerlo sin que nadie te obligue. Te irá mejor de lo que piensas.

—No sé qué decir...

—No digas nada, Agus.

—Pero me siento raro.

—Ya te acostumbrarás a la vida de adulto.

El silencio se apoderó de la noche haciéndolo más intenso. Agustín optó por terminar la cerveza, mientras que sus padres lo miraban, de vez en cuando, desolados.

5 – Rafael

Rafael tenía una vida sexual muy activa. A pesar de que era muy joven ya había experimentado incontables cosas que no compartía con nadie.

Tenía varios amantes, sobre todo buscaba a los argentinos o a los de la capital uruguaya. Como solía decir, estaba el titular y una gran lista de suplentes.

Seguía desplazándose en su bicicleta, lo que daba una imagen de vulnerabilidad e ignorancia. Y eso producía confianza en la gente y él era consciente de ello.

Cada herramienta que tuvo, la aprovechó. Al hablar con él se daban cuenta de su error y, para esa altura, ya les había seducido y llevado a la cama.

Para él era lo más normal del mundo acostarse con uno y otro. Esa era su vida y quería vivirla a su manera. No le importaba ni le preocupaba ser promiscuo.

Eso sí, tenía un gusto exquisito y nunca se salía de sus parámetros sin ninguna excepción. Siempre se dio el lujo de ser él el que elija.

Le gustaban los de Colón y Paraná que continuamente iban al lado uruguayo y con él, al tener una imagen inocente, se desahogaban como pocas veces.

Rafael seguía viviendo con sus padres y cada vez se estaba haciendo más receloso de su privacidad, y en ningún instante había descuidado sus estudios.

El joven nunca hablaba de sexualidad con su familia, ni con los que podrían denominarse amigos. Era exageradamente reservado.

Desde un principio se había dicho que, mientras tuviera la oportunidad de liberarse de pagar un alquiler y la comida, invertiría todas sus energías en su futuro.

Sus padres, a pesar de que tenían lo justo y necesario para vivir el día, dentro de sus medios, le daban todo lo que podían.

Rafa también tenía claro de que estaba en su ciudad natal transitoriamente. Ahora había ganado una beca económica, la cual gestionaba de forma admirable.

Él guardaba la mitad de la pasta porque sabía que la necesitaría en un futuro y, con la otra mitad, costeaba los gastos de la universidad y personales.

También, siempre que podía, hacía algún trabajo extra y su familia nunca fue consciente de que se buscara la vida de esa manera también.

Estudiaba arquitectura pero la carrera estaba instaurada en Salto sólo hasta el segundo año, lo que implicaba que si quería continuar, debería mudarse a la capital.

Era muy independiente en sus acciones y decisiones, por lo que no le asustaba el cambio que tarde o temprano llegaría a materializarse.

